

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

SAN JUAN DE LA PEÑA

LEYENDA, HISTORIA, ARTE

GUIA DEL VISITANTE

POR

VIRGILIO VALENZUELA FOVED

Correspondiente de la Real Academia de la Historia
y Presidente del Instituto de Estudios Oscenses



HUESCA
1956

VIRGILIO VALENZUELA FOVED

VIRGILIO VALENZUELA FOVED, nacido en Blancas (Teruel), graduado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, hace varios años que presta sus servicios a la docencia oficial como profesor de Geografía e Historia. Impulsado por sus fervientes afanes culturales, laboró con entusiasmo en la fundación, en 1949, del Instituto de Estudios Oscenses, del cual es presidente. Digna del mayor elogio es la tarea por él desarrollada, en persistente dedicación durante más de dos lustros, al frente de la Delegación Provincial de Educación Nacional, en la que quedan muestras indudables de sus inquietudes profesionales y eficientes dotes organizadoras, orientadas siempre hacia los más elevados ideales patrióticos.

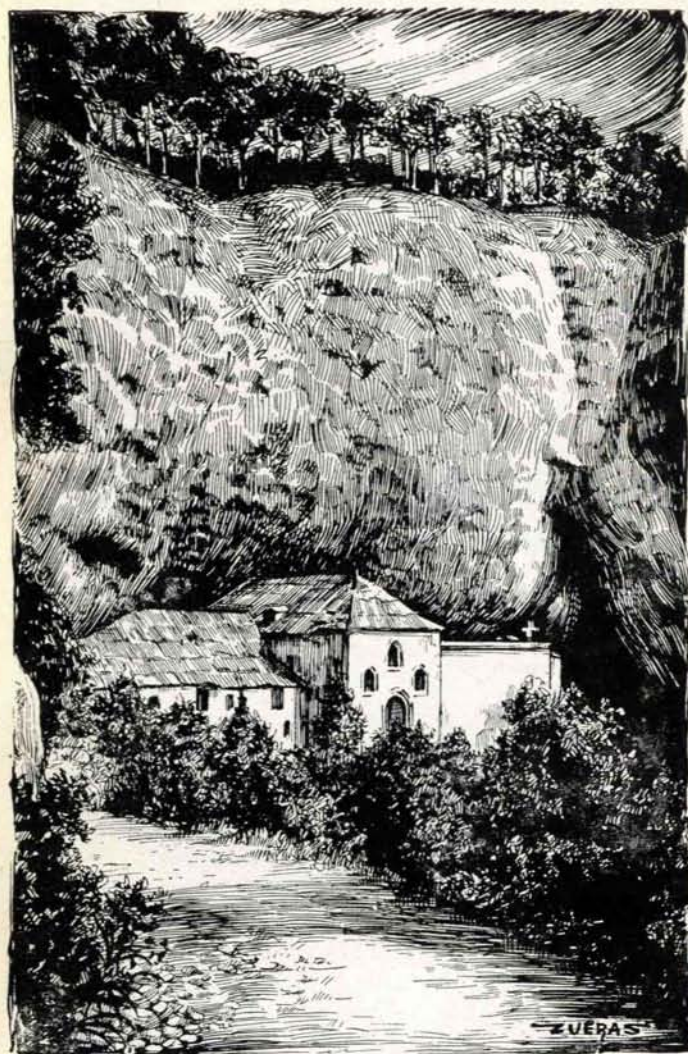
La Enseñanza Media y Profesional, de cuyo patronato en la provincia es secretario técnico, cuenta con su incansable empeño y a su actuación se debe en gran parte el fecundo desarrollo que ha tenido la misma en la provincia de Huesca.

Su labor científica fué justamente reconocida con su designación como Académico correspondiente de la Real Academia de Historia.

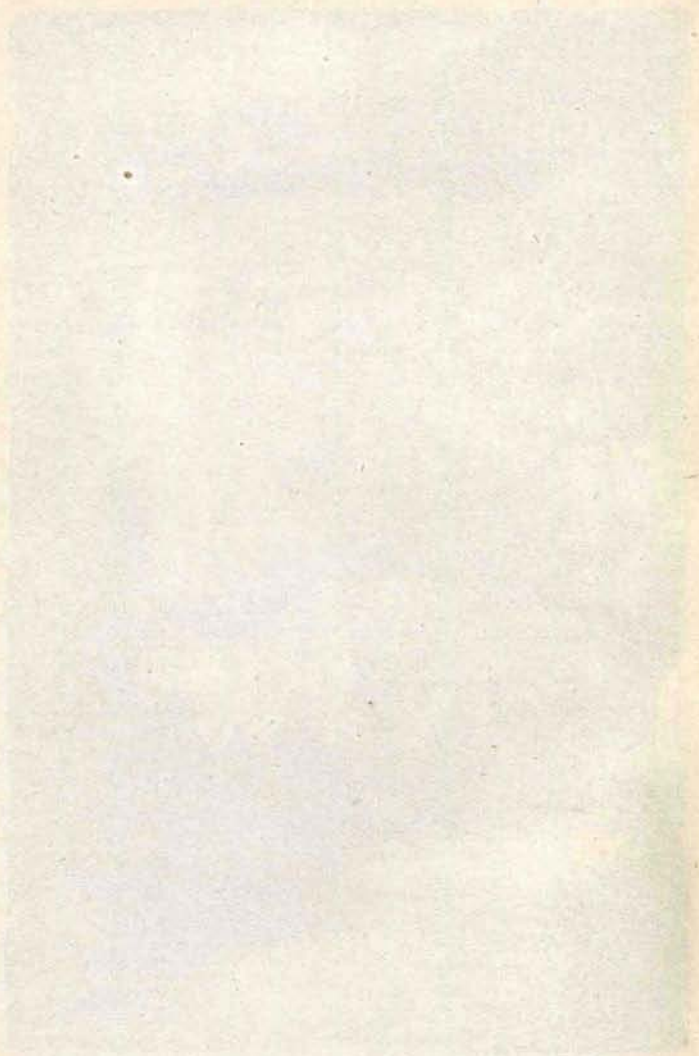
Colabora en diversas publicaciones y tiene justo renombre como conferenciante erudito y ameno. Entre sus publicaciones cabe destacar: *Cabrera en Aragón*, *Ordinaciones del gremio de pelliceros de Huesca*, *La obra de Forment en la provincia de Huesca* y *Datos sobre el castillo de Anzano*.

Para dos Antóns Su.
raís maestro en todo y so-
bre todo en estas cosas de
románico con la admi-
ración y el afecto de su de-
voto amigo

W. Alu



Vista del monasterio viejo de San Juan de la Peña.—(Dibujo Paco Zuera).



INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

SAN JUAN DE LA PEÑA

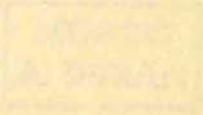
LEYENDA, HISTORIA, ARTE

SAN JUAN DE LA PEÑA

LEYENDA, HISTORIA, ARTE



LIBRERIA



PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

Núm. XV

SAN JUAN DE LA PEÑA
LEYENDA, HISTORIA, ARTE

HUESCA

R
9469

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

SAN JUAN DE LA PEÑA
LEYENDA, HISTORIA, ARTE
GUIA DEL VISITANTE

POR

VIRGILIO VALENZUELA FOVED
Correspondiente de la Real Academia de la Historia
y Presidente del Instituto de Estudios Oscenses



HUESCA
1956

LEGADO
A. DURAN

INDICE

Páginas

<i>Palabras liminares</i>	I
I.—Leyenda piadosa.....	1
II.—Significado de San Juan de la Peña en la historia de Aragón	4
III.—Los monarcas aragoneses y San Juan de la Peña	8
IV.—Los sucesores de Ramiro I, hasta doña Petronila, y San Juan de la Peña	11
V.—Bienes, rentas, iglesias y pueblos que poseyó San Juan de la Peña.....	17
VI.—El monasterio viejo.....	20
VII.—El panteón de nobles	26
VIII.—Iglesia principal y panteón real.....	31
IX.—El claustro	40
X.—Capillas de San Victorián y de San Voto y de San Félix	50
XI.—San Juan de la Peña monumento epigráfico medieval.....	53
XII.—San Juan de la Peña en el arte español	63
XII.—El Santo Grial	66
XIV.—San Juan de la Peña es para el visitante una lección y una esperanza	71
XV.—El monasterio nuevo.....	75
BIBLIOGRAFIA	79

Palabras liminares

Arriba está el monte, copioso de pinos y de abetos, y a mitad de la ladera, mirando al Norte, bajo la cóncava espelunca, el monasterio de San Juan muestra sus gloriosos despojos. ¿Solamente sus despojos? No. El monasterio nos muestra también nuestra historia, nuestro mito y nuestro misterio.

Este templo medieval de San Juan, con su mozarabismo esotérico y su simbolismo románico, frente a las claras sierras, recortadas en el puro cielo azul, nos da una impresión de soledad, de desnudez, de autenticidad. Aquí podemos contemplar, frente a frente, el verdadero rostro del secular Aragón.

Cuando llegamos a San Juan de la Peña, una sensación de primitivismo, de virginidad telúrica, nos invade. Nos parece que, de pronto, vamos a descubrir el secreto de Aragón. Y esta sensación que sentimos nosotros, la han debido sentir también los aragoneses de la baja Edad Media. Cuando el autor de la Crónica General, conocida con el nombre de Crónica Pinatense, comienza a

narrar la historia aragonesa, no encuentra ni datos ni noticias. No sabe cómo ni cuándo ha nacido Aragón, ignora por completo los hechos de los primeros siglos de la Reconquista. ¿Cómo salvará este autor del siglo XIV el inmenso escollo? Pues, simplemente, acudirá al archivo pinatense y nos relatará, con más intuición poética que genio histórico, la legendaria historia primitiva del santuario, que, naturalmente, no le daba datos ciertos, pero, en cambio, le prestaba esa sensación de primitivismo que tan bien empareja con la génesis de un pueblo.

Si el monasterio de San Juan no ha sido ciertamente la cuna de la reconquista aragonesa, en cambio, es indudable que allí está la clave de nuestros destinos históricos. No sabremos nunca lo que es Aragón, si no conocemos antes lo que ha sido San Juan de la Peña. Junto a sus arcos de herradura o bajo sus bóvedas de cañón, podremos meditar, como en ninguna parte, acerca del sentido histórico, cultural y emocional de nuestro pueblo. Sobre la estructura mozárabe, con su impresionante sensación de misterio, que evoca el Aragón primitivo, pastoril y ermitaño, de fuertes raíces individuales, se alzan las piedras románicas que nos hablan de nuestra clara historia. Desde San Juan de la Peña, nuestras miradas se dirigen al Norte, hacia Europa, mientras percibimos allá, en lo hondo, junto al río, el camino de Santiago, que quizá un día recorrieron Cristián de Troyes y Wolfram de Eschenbach, los cluniacenses y los caballeros francos de Alfonso el Batallador. Y recordamos los

momentos solemnes en que, por vez primera, resonó en la cóncava espelunca el rito romano. Romanidad y europeicidad. Caballeros de San Juan y Militia Dei. Iustitia y Libertas. Esta es nuestra clara historia del siglo XII.

Todo en San Juan de la Peña es simbólico. Al mediar aquella centuria, la construcción de la gran fábrica románica llega a su fin, y un día de 1157, poco después de haber muerto Ramiro II, el conde Ramón Berenguer sube al monasterio y expulsa al abad Juan, emparentado con los manarcas aragoneses. La gran historia de San Juan de la Peña ha terminado.

Pero todavía el monasterio, que es ya poco más que un panteón real y un archivo de memorias, va a ejercer una influencia decisiva en los destinos de Aragón.

Es verdad que los aragoneses no dejan de mirar nunca a la veneranda cueva, arcano de sus glorias, pero llega un momento, hacia el siglo XVI, en que San Juan de la Peña se convierte en símbolo de la existencia aragonesa. ¿Sólo un símbolo? No. San Juan de la Peña es algo más, es el mito de Aragón. Precisamente cuando nuestro pueblo pierde su personalidad política, cuando las instituciones aragonesas son arrastradas por la corriente absolutista, surge el San Juan de la Peña, símbolo de la independencia aragonesa. Esta es la obra de un grupo de historiadores que tiene en Jerónimo Blancas su representante más caracterizado. Frente al mito de la Covadonga asturiana, restauradora de la patria, ellos levantan el mito del San Juan de la Peña

cuna de la Reconquista, Covadonga aragonés. Frente a la hegemonía política de la Meseta, el mito de un Aragón-Sobrarbe, padre de España, reino ab initio, con su teoría de monarcas que enlazan con la época visigótica. Frente al empuje de la concepción absolutista del Estado una mítica constitución sobrarbiense. Y esta elaboración mítico-poética, con su profundidad de raíces soterrañas, con su agudeza de visión y su acento profético, ha mantenido tensa durante tres siglos el alma aragonesa. Ningún político español del siglo XVI, ni mucho menos Felipe II, supo darse cuenta de la vitalidad creadora de la ideología aragonesa, de su modernidad, de su fuerza, capaz de variar el curso de la historia europea. La preterición sufrida por el viejo reino fue precisamente una de las causas de la decadencia española.

Hemos hablado antes de europeización. Es esta, sin duda, una de las constantes históricas de Aragón. Pero hoy, la resolución del binomio Europa-España tiene una trascendencia superior. El tema es, sin duda, antiguo, pero su modernidad es también indudable. Podríamos creer que la visión europea que nos depara San Juan de la Peña es una visión esencialmente erudita, un nuevo mito pinatense, elaborado en virtud de un trabajo de tipo historicista. Por esto es grato comprobar que autores libres de todo fardo erudito llegan a la misma conclusión. En este orden de cosas, querríamos citar a José Luis Arregui, uno de los escritores más agudos de la joven generación oscense que no hace mucho bauti-

zaba al pinatense balcón del Pirineo con el nombre de balcón de Europa. Sí, también nosotros hemos sentido, al asomarnos a esos parajes, el oro vivificante del cierzo, el viento del Norte, purificador de la tierra aragonesa.

En ningún lugar, como en San Juan de la Peña, podremos escuchar el bondo rumor de la historia que ha de orientarnos en nuestro futuro caminar. Un día el caballero Parsifal llega al castillo de Monsalvat; allí contempla, atónito, las maravillas del Grial y ve la lanza, símbolo de la Iglesia militante, pero su boca permanece muda, sin atreverse a preguntar la causa de aquellos misterios. Su terco silencio le impide ser reconocido como rey del Grial, el castillo se torna vacío y el caballero se aleja desconsolado. Si llegas a San Juan de la Peña, lector, no imites a Parsifal; no vaciles en interrogar el misterio de sus viejas piedras. Tiende tu oído y escucha; oirás acaso el palpitar de un Aragón, nuevo, renaciente.

Hemos dicho antes que en el monasterio de San Juan todo es simbólico. Hablaremos nosotros también por símbolos. Diremos que para ese Aragón novel, para su escudo todavía blanco, elegiríamos como empresa la paloma, con la Cruz en el pico, que ostentaba el viejo monasterio de Santa Cristina, el del Puerto eminente. Al buen entendedor, pocas palabras bastan.

Pero antes de llegar a San Juan de la Peña, antes de pisar esta tierra, más aragonesa que ninguna otra

tierra, necesitamos conocer la historia del monasterio, necesitamos un guía que nos inicie en los misterios pinatenses. El autor de este libro, el turolense Virgilio Valenzuela, enamorado de San Juan de la Peña, nos ofrece esta apasionada ofrenda de su entusiasmo aragonés, en la que ha puesto todo el esfuerzo de su fecunda voluntad.

Espigando en la copiosa bibliografía pinatense, Virgilio Valenzuela ha reunido y sintetizado los principales rasgos de la historia, el arte y la leyenda de San Juan de la Peña. Las páginas que siguen llevan, al margen de sus afirmaciones eruditas, un cálido entusiasmo que trata de ganar al lector, haciéndole penetrar en el ámbito emocional del famoso monasterio.

Grabado en la puerta del claustro pinatense hay un dístico en el que se anuncia al visitante: «La puerta del cielo se hace camino a través de ésta a cualquier fiel...» Que este pequeño libro sea para ti, lector, la puerta que te conduzca al monasterio pinatense y al corazón de Aragón.

Federico Balaguer

SAN JUAN DE LA PEÑA

LEYENDA, HISTORIA, ARTE

GUIA DEL VISITANTE

I

LEYENDA PIADOSA

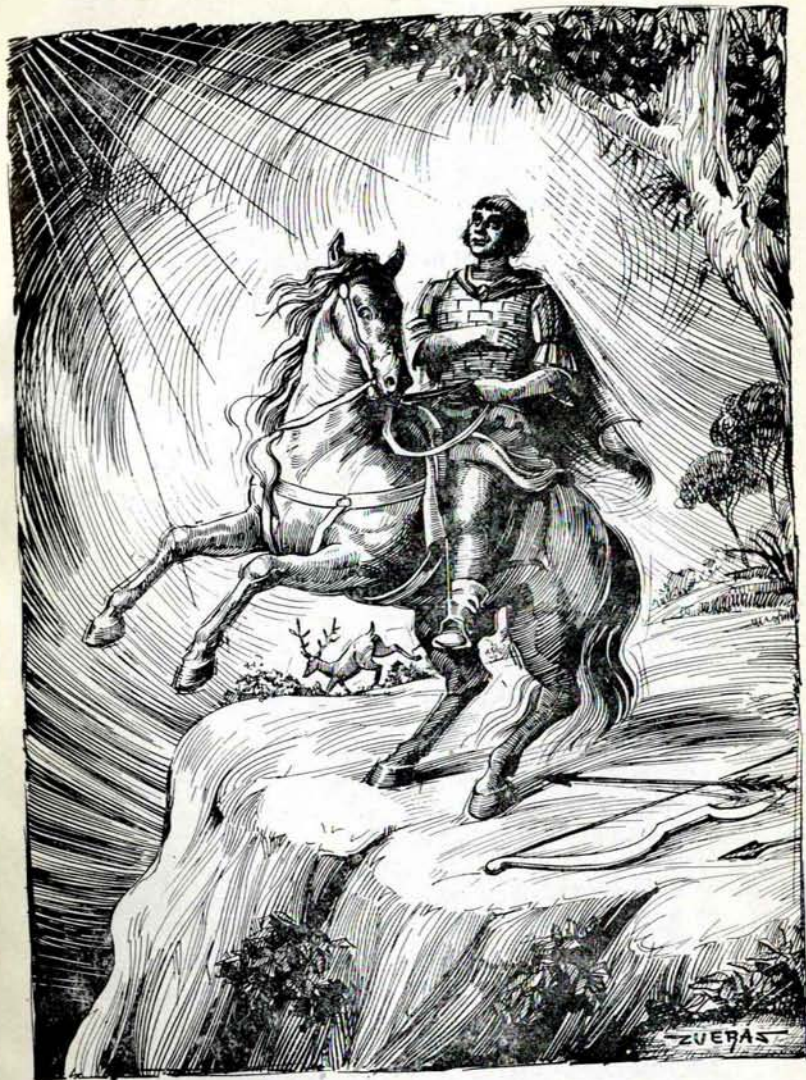
Al ser ganada España por los musulmanes, fueron las breñas del Pirineo un refugio natural al que se acogieron muchos fugitivos de la terrible invasión de las hordas sarracenas, y pronto nacieron santuarios y monasterios, asilos de prelados y caudillos, focos de espiritualidad y tradición, de donde habian de partir los primeros impulsos reconquistadores en esa Alta Edad Media que aparece ante nosotros entre tinieblas históricas y cubierta de ropaje de leyendas. Así, entre peligros constantes, fueron adquiriendo importancia estos relicarios de fe y de espiritualidad indomable, que salpican nuestras cordilleras septentrionales y que se llaman San Pedro de Siresa, San Salvador de Leire, San Martín de Cercito, San Juan de la

Peña, etc., todos gloriosos, impregnados todos del halo de la Historia, precisamente, en sus períodos más heroicos.

San Juan de la Peña supera a todos. Su origen se confunde con el del pueblo aragonés. Como en una leyenda son sus caracteres, el interés y la piedad: En lo más denso y tupido de los grandiosos pinares, en la parte más alta de esa hermosa sierra de la Peña aun puede señalarse el lugar que ocupó aquel poblado de Pano, fortaleza que, improvisada por los cristianos fugitivos de la avalancha islámica, fué en fecha no bien conocida, arrasada, deshecha por las huestes agarenas. Los documentos de los siglos XII y XIII recogen ya desfigurada, pero todavía viva, la tradición de aquel desastre.

Los orígenes de San Juan de la Peña, legendarios o semilegendarios, se asemejan a los que motivaron el monasterio de San Martín de Cercito, que también debió su fundación a una cacería de jabalíes por el conde de Aragón Galindo Aznar, como lo fué en Castilla el de San Antolín de Palencia en tiempos de Sancho el Mayor. Y es que si hasta las ermitas más humildes tienen su piadosa leyenda de fundación, ¿cómo iba a faltarle a nuestro monasterio?

No se sabe la fecha exacta, pero desde luego, hacia finales del primer cuarto de aquel calamitoso siglo VIII, según nos narra la donación de Abetito, un ilustre mancebo cristiano de Caesaraugusta, llamado Voto, llega cazando en un



Leyenda de San Voto.

brioso corcel, a la cima de este monte de la Peña, en el monte Pano. Va persiguiendo en su vertiginosa carrera a un ciervo y de manera insensible en su galopar desenfrenado, llega al borde de la Peña inmensa, que hoy es bóveda del monasterio antiguo. El abismo que a sus pies se abre es terrible. Sólo un milagro puede detener su caballo, pero éste quedó rígido en el último instante sobre el precipicio que parecía querer tragarle en su despeñamiento. ¡Su invocación a San Juan Bautista le había salvado!

Quiere entonces, porque al espanto sigue la curiosidad, reconocer aquel lugar y abriéndose paso entre las malezas, saltando sobre las rocas, halla al fondo en un pequeño rellano, una fuente cristalina y una gruta profunda y de boca descomunal en la que había una pequeña ermita dedicada al Bautista, por cuya intercesión acababa de salvar la vida. Pero no termina aquí su asombro; al entrar en la gruta, encuentra incorrupto el cadáver de un venerable anciano, de un santo ermitaño, Juan de Atarés, que tiene reclinada la cabeza, con la serenidad de los santos, en una ancha piedra pulida sobre la que había encontrado el fin de su vida. Allí mismo y en aquel punto, sintiendo la voz de Dios, terminó la vida mundana del joven y rico mozárabe de Zaragoza.

Luego de dar sepultura al ermitaño, regresó a su ciudad, y, vendidos sus bienes, en compañía de su hermano Félix, Voto se hundió en aquellas soledades que aun hoy asustan, y antes de

expirar, su gruta y su refugio santo, fueron transmitidos a nuevos anacoretas, convirtiéndose, poco a poco, aquel rincón abrupto y alejado, en nueva Tebaida, propicio a la oración y a la penitencia.

II

SIGNIFICADO DE SAN JUAN DE LA PEÑA EN LA HISTORIA DE ARAGON

Si alguna vez en los avatares de la vida llegáramos a transponer los altos picachos de Sierra Nevada y Sierra Elvira y pudiéramos otear la ciudad de Granada de cara al norte de España, pensemos y recordemos que fueron estas alturas el dique de la inmensa presa en que desembocó el torrente arrollador de nuestra reconquista, antes de realizar aquel salto glorioso y único en la historia de la humanidad para duplicar, allá en el continente americano, los ámbitos del mundo. Pero el torrente desbordante y arrollador de nuestra savia nacional, con la cruz y la espada tuvo su cuna, sus fuentes nativas, a todo lo largo de la cadena montañosa, que desde las costas gallegas, entre las brumas del océano, se levanta enhiesta y gallarda, hasta dejar que sus extremos opuestos sean besados por las olas del mar latino. Y en ella, en estas montañas, y en sus rincones más agrestes, como nidos de águila, encontraremos las fuentes más pródigas y limpidas de esa gloriosa ría de la historia de España. Allí se levantará

entre los riscos asturianos, la gruta de Covadonga, que es el simbolo de nuestra nacionalidad, por ellas podremos llegar a Covarrubias donde duerme el sueño eterno el conde Fernán González, el primer paladín de Castilla, por ellas llegaremos a Leire, corazón y cuna de la vieja Navarra y pasando por el cenobio pinatense, cuna de Aragón, terminaremos nuestro peregrinar por las montañas madres de la independencia patria, junto a las venerables piedras de Ripoll, donde reposa para siempre el conde Wifredo, el Pelayo de Cataluña. Por eso podemos llamar a nuestro Pirineo fuente caudalosa de la espiritualidad española. Esto, nada menos, significa nuestro San Juan de la Peña, verdadero nacimiento roquero de la recia corriente aragonesa. De aquí nació Aragón, aquí se dieron leyes, se nombraron caudillos y monarcas, de aquí tomó nombre el futuro reino, de este pequeño riachuelo que a sus pies corre, y de aquí partieron para mayores destinos y más altas empresas con las que maravillaron al mundo, los hombres de esta tierra sobria. Permitaseme que para decirlo emplee palabras de Víctor Balaguer, el historiador catalán que en su «Historia de Aragón» dice: «Asombra y maravilla, el comienzo de este reino aragonés, tan mínimo y escaso en su origen como armipotente y soberano en su desenvolvimiento. Los cristianos que no quisieron aceptar el yugo de los moros, se retiraron a los Pirineos, cuyos más altos y agrios riscales no llegaron a ser dominados

nunca por el invasor, y refugiados allí pensaron inmediatamente en el recobro de la perdida patria. Dispersos andaban y extraviados por las sierras, cuando se reunieron en la cueva llamada de San Juan de la Peña. No es extraño que al hablar de aquellos aragoneses salidos de una gruta perdida en las fraguras de los bosques y en los heleros de las sierras, al narrar los hechos de aquellos valerosos que fueron reconquistando el país palmo a palmo y levantando un imperio con todos los nimbos, todas las aureolas y todos los celajes del poder y de la gloria; no es extraño ciertamente, ni mucho menos, que los cronistas, ante la magnitud del suceso, para su mayor alteza y monta, nos hablen de santos, de milagros y de prodigios. Es natural que así fuera, primero porque de buena fe se favorece lo que se desea y siempre lo maravilloso aumenta el crédito, y después para dar más carácter y autoridad a la empresa, que era verdaderamente extraordinaria.

Y milagro es también el de aquella raza valiente y poderosa que se extiende y domina, que arranca a los moros el terreno palmo a palmo, que va a Ainsa con Garci-Ximénez, a Navarra con Iñigo Arista, a Jaca con Aznar, a Benabarre y Ribagorza con Ramiro, a Castilla y Morella con Sancho, a Huesca con Pedro, a Tudela, Calatayud y Zaragoza con el Batallador Alfonso, a Provenza con Berenguer, a las Navas de Castilla y Montpellier con Pedro II, a Mallorca, Valencia y Murcia con el Conquistador, a Sici-

lia con Pedro el Grande, a Italia con Jaime el Justo, a Cerdeña con Martín el Humano, a Oriente con Roger de Flor, a Nápoles con Alfonso el Magnánimo, y acaba por ir con Fernando el Católico a la toma de Granada y a la invención del Nuevo Mundo».

Todo esto tan galanamente expuesto por Víctor Balaguer lo sintetiza San Juan de la Peña, «propugnáculo venerando, donde asientan los orígenes, las glorias, las excelencias, las libertades, los recuerdos, y las santidades de la gran nación aragonesa». Por esto y por mucho más, concluye el gran poeta catalán, «San Juan de la Peña merece cariño, consideración y tributo». Por esto, San Juan de la Peña es monumento de honor y pirámide de gloria. Y si no hay respeto, recuerdo y amor para las cenizas de nuestros héroes, para los restos de nuestros antepasados, para la memoria de nuestros primates, para la cuna de nuestras libertades, para los monumentos de nuestra patria.

Cuna de las glorias nacionales, esta cueva esclarecida que lleva entre sus breñas la historia primitiva de Aragón, fué al propio tiempo panteón y archivo de sus glorias. La adhesión, el agradecimiento, el amor y la veneración que por el santuario tuvieron los reyes, príncipes, magnates y guerreros, como lo proclaman los diplomas y documentos, nos dan la medida de su fe, el brio de que estarían henchidos, las emociones que palparían en sus pechos ante el solar primitivo de sus antepasados.

III

LOS MONARCAS ARAGONESES Y SAN JUAN DE LA PEÑA

Dada la manía de los monjes del siglo XVII de aumentar la fama de sus monasterios, remontando la antigüedad de éstos a límites lejanísimos y haciendo constar falsedades de todo género si venían a prestigiar su casa, no nos extrañará que el mismo Briz Martínez, abad e historiador de nuestro monasterio acepte documentos a todas luces falsos porque aumentaban su lustre y antigüedad.

En la donación de Abetito se refiere cómo el conde de Aragón Fortún Ximénez, estuvo en San Juan, cuya iglesia, como veremos, había sido consagrada en 922, con muchedumbre de guerreros, que hecha penitencia subió a la planicie superior y que en ella el abad Eximino y los monjes le pidieron de rodillas que les concediera los términos del monte para poderlos labrar y cultivar.

El conde hizo valiosas donaciones y delimitó el terreno. Conocido esto por el rey de Pamplona, no sólo aprobó la donación, sino que entregó a los monjes quinientos siclos de plata. El mismo monarca de Pamplona, García Sánchez I, declara en 928 los términos de San Juan. Doña Toda y su hijo García Sánchez adjudican en 948 la pardina de Javierre.

Sancho Garcés II le dona la villa de Badaguás y la pardina de Larrasim.

A pesar de estas donaciones y otras realizadas por los reyes de Pamplona y los magnates de Aragón, podemos asegurar, que es el siglo XI la época de mayor esplendor del monasterio pinatense, de las más ricas y cuantiosas donaciones, de la mayor prosperidad y en que su fama se extendía por toda España y en que el monarca Sancho Garcés III y luego sus sucesores, hicieron de él su mansión religiosa predilecta.

Fecha memorable en la historia del cenobio pinatense es el 6 de julio de 1014 en que Sancho el Mayor le hizo donación del priorato, de San Sebastián de Asaón, de las villas de Lucientes, Lanué y Bescós, amén de varias iglesias y otras posesiones en los pueblos de Larrés, Luesia, Uncastillo, Javierrelatre, Larbesa y Orbés. En 1016 el rey y su esposa doña Mayor, dan al Monasterio la villa de Oloast con todos sus derechos. El diploma está suscrito además por la madre del rey y por el infante don Fernando. En 1024, le dona la pardina de San Torcuato, un pantano y tres mesquinos o vasallos. La donación origen del priorato de San Torcuato va firmada por su madre, su esposa y los infantes, García Fernando, Gonzalo y Ramiro.

En 1025 hallamos al rey durante la cuaresma en el monasterio y a instancia de los niños de la escuela del convento le dió la estiba de Laserim en la villa de Aruex.

Podemos afirmar que desde 1025, San Juan se convierte en el monasterio amado de los reyes navarro-aragoneses. Siguen otras donaciones como la de la villa de Baillo el 21 de abril del mismo año y luego el monasterio de Fonfrida.

Muerto Sancho, su hijo Ramiro, primer rey de Aragón, heredó con los estados el afecto de su padre hacia el monasterio que frecuentó mucho, en el que hizo su testamento y donde mandó que le sepultaran.

Ya en 1034 le había entregado el monasterio de San Martín de Cercito, la villa de Barbués y en sucesivas donaciones la mitad de la villa de Bagüés y el lugar de la Centenera además de los palacios de Urries y Gordún. En 1014 toda la villa de Bagüés y en 1059 al hacer su primer testamento en Anzánigo tres monasterios: el de Borda, el de San Esteban de Oloast y el priorato de Luesia.

Dos años después otorga nuevo testamento al hallarse enfermo en San Juan y le dona todos sus bienes, muebles y joyas y dispone ser enterrado en él, legándole además la villa de Sangarrén. Recomendaba a su hija Urraca, religiosa en Santa Cruz de la Serós y somete éste a la potestad y obediencia del abad y convento de San Juan de la Peña. «Y por cuanto yo, añade, he amado más a los señores y religiosos de San Juan que a ningunos otros de mi tierra y encargo mucho al dicho mi hijo D. Sancho... el dicho monasterio de San Juan y quiero que así como yo lo he amado y estimado... él lo ame y procure acrecentarlo y exaltarlo en todas las cosas».

IV

LOS SUCESOSES DE RAMIRO I, HASTA DOÑA PETRONILA Y SAN JUAN DE LA PEÑA

San Juan es monumento del siglo XII de ese gran siglo, en que el esfuerzo cristiano de la reconquista estuvo en su mayor intensidad tras el derrumbamiento de los califas cordobeses, el fraccionamiento de la España musulmana en taifas, y el arrollador avance de Castilla, que a la par que Aragón nacen con todo el brio y la pujanza de la juventud. Son los años de Sancho el de Zamora en Castilla que lleva pegado al escudo de su corcel a Rodrigo Díaz de Vivar, como portaestandarte de la tierra castellana; y es luego los años de Alfonso VI que ve coronada a Toledo, la vieja capital goda, por la cruz de su espada, tras casi cuatro siglos de dominación árabe. Y en Aragón con Ramiro, Sancho y Pedro, su hijo, el empuje de un reino que deja pronto las madrigueras de sus montañas para lanzarse impetuoso por la tierra llana; que descuella por su brio y dotes creadoras sobre todo en la figura memorable y gloriosa —ni un triste monumento nos recuerda a los aragoneses de hoy sus hechos portentosos— del rey Sancho, uno de los monarcas más memorables de Aragón, que no tuvo la preocupación sólo en la espada extendiendo infatigable las fronteras de su reino, sino que con él dió un gran empuje al

desarrollo social de su pueblo por medio de fueros, privilegios, que eran entonces el medio más adecuado para procurar el desenvolvimiento jurídico, económico y social de los territorios que iban reconquistándose y formando su dominio. Sancho Ramírez es sobre todo un paladín de la guerra; en 1064 tomó Barbastro, de la que se apoderó con la ayuda de cruzados normandos y pontificios principalmente y de las fuerzas de Armengol, conde de Urgel. Desgraciadamente al año siguiente se perdía esta importantísima plaza y Armengol perdía la vida, pero no era motivo ello para desanimar el temple de Sancho, que a pesar del triunfo momentáneo del reyezuelo de Zaragoza emprendía con ardimiento heroico el designio de irse apoderando de los diversos pueblos, colindantes con sus estados, más allá de la serranía de Guara, hacia la tierra de Huesca. Al-Muktadir, rey de Zaragoza, temeroso del empuje brioso de este hombre del Pirineo, entabla negociaciones con el rey Sancho Garcés a cambio de un tributo anual, pero a condición de que obligase al aragonés a salir de tierras de Huesca y que no le dañara en sus algaras por tierras de Zaragoza, incluso obligándole por la fuerza. Esto ocurría en el año 1073 pero ¡con qué pobres resultados! Las tentativas del rey de Zaragoza para recuperar las plazas perdidas por tierras de Huesca, que tan de cerca le amenazaban, fueron inútiles. Alquézar, la enhiesta villa, que circunda el Vero cual castillo roquero inexpugnable, no cedió a los

embates de Muktadir, que dolorido y avergonzado, tuvo que levantar el cerco y un año después perdía la importante fortaleza de los Mojones, que hoy no es más que un montón de ruinas y esto era precisamente el año 1067 en que asesinado por sus hermanos el monarca navarro, Sancho Ramírez llamado por los naturales, ceñía sobre sus sienes la corona de Pamplona, uniéndose nuevamente al suyo de Aragón, pudiendo dedicarse a la reconquista de Sobrarbe y Ribagorza. Al-Muktadir, llegado al extremo, hubo de poner sus estados al amparo de las más famosas huestes, las vencedoras tropas de Rodrigo Díaz de Vivar, el más famoso héroe, compendio de la España medieval, que ya empezaba a ser conocido con el nombre de Mío Cid, y que buscaba en tierras extrañas el honor y la gloria de su espada, ante la animosidad y los odios que en la corte castellana de Alfonso VI le impedirían, con el destierro, alcanzar.

Al-Muktadir moría en 1081 y su hijo Yusuf que le sucedió en Zaragoza y Monthadir en Lérida, heredaron sus estados: Rodrigo Díaz de Vivar, en jaque constante de Aragón, se hizo protector de los dos, aliándose con los condes de Barcelona y con el rey Sancho Ramírez de quien se hizo tributario; pero no por eso descansó el ardor bélico del aragonés: Pradilla caía en su poder el 1080. Bolea en 1081, en 1082 Naval, en 1083 Graus, que donó el famoso monasterio de San Victorián, gemelo en Sobrarbe del de San Juan. En 1082 sostiene con el Cid una encarni-

zada batalla cerca del río Segre, que no logró atajar el torrente de las armas de Aragón. Poco después comienza a edificar el castillo-monasterio de Montearagón, que era ya un presagio y una profecía, que anunciaba las postrimerías de la dominación musulímica en Huesca.

«Aquel potro tomará esta yegua», dice que gritaba un viejo alfaquí por las calles de la ciudad cuando vió las almenadas torres de la fortaleza recién edificadas. Repetidas veces hubo de abandonar las obras de la fortaleza y así, en 1089, dominaba Monzón, concedía carta de población a Castellar, otorgaba privilegios a Arguedas, poblaba Luesia y finalmente se decide a poner sitio apretado a Huesca. El monarca no vería realizado su sueño dorado pues, como a Moisés, la muerte le sorprendió antes de gozar de la tierra prometida.

He querido hacer hincapié en la egregia figura de Sancho Ramírez narrando escuetamente sus gloriosas jornadas, porque San Juan de la Peña el Viejo, el que se cobija bajo la roca de conglomerado peñascoso, nos habla, nos recuerda sus hazañas épicas y todo él es el mejor mausoleo y el mayor monumento de este gran rey aragonés.

Sería enfadoso y estaría fuera de lugar tratar de las exacciones y privilegios que fueron por él concedidos, de los cuales nos hablan los documentos de San Juan de la Peña, de San Victorián, de Santa Cristina, de la ciudad de Jaca, de Estella y de tantos otros monasterios y ciu-

dades. Casado con Felicia, hija del conde de Tolosa, tuvo tres hijos que fueron sucesivamente reyes de Aragón. Pedro, el que recogió los laureles, que su padre sembró, entrando en Huesca victorioso, desplazando así el centro de Aragón hacia el llano; Alfonso, el infatigable batallador que dominó Zaragoza, señora del Ebro y centro de esta tierra, y Ramiro el Monje, que cumplió su deber abandonando su vida monacal para salvar su reino de la anarquía.

San Juan de la Peña, es, como hemos dicho antes, un conjunto de recuerdos indelebles del rey Sancho y sus hijos, cuando corrían aquellos años decisivos del porvenir de España, en que una nueva ola avasalladora y terrible, los almoravides, planteaban la suerte tremenda de la Península. ¿Sería islámica o cristiana? Los hombres del temple de Alfonso VI y del Cid, junto con estos hombres que levantaron esta maravilla bajo la peña, decidieron la suerte, arrojaron con su valor la espada en la balanza y ésta aun temerosa, incierta y vacilante al principio, no pudo menos de inclinarse ante el esfuerzo de estos titanes. ¡España sería cristiana! y ahí está San Juan de la Peña para proclamarlo.

Entre las muchas concesiones realizadas a San Juan por Sancho Ramírez, citaré la que en 1074 autoriza al cenobio para que entienda en casos especiales que caen bajo la jurisdicción real o episcopal. En la «Colección de documentos para el estudio de la Historia de Aragón» editada en Zaragoza en 1907, publica don

José Salarrullana hasta 39 documentos de privilegio y donación del rey al cenobio pinatense siendo sobre todo de destacar el otorgado el 15 de mayo de 1090 que comienza «Ob honorem» y que defiende a San Juan contra la pretensión de los obispos, sobre todo de D. García, y en el que confirma todas las donaciones hechas por todos sus antecesores añadiendo nuevas donaciones como Larrosa, el palacio de Ayerbe, los monasterios de Borda, Santa María de Vallarán y San Pelagio, refiriendo los de cada rey desde Sancho Garcés II Abarca.

Pedro I, además de los bienes sitos en Huesca y concedidos durante el asedio a la ciudad dió al monasterio, el mismo día en que se consagró su iglesia, como dote la villa de Banaos así como confirma los privilegios de sus predecesores. En 1095 le da su heredamiento de Luesia y en 1096 al mandar ser enterrado en él le dona las villas de Barbués y Martes. En 1098 el lugar de Santa Cilia, el de Pitilla, el de Torres de la Violada y la tercera parte del de Vicién.

Alfonso el Batallador no fué menos liberal con el monasterio entre otras causas por haber allí vivido y aprendido el latín «quia ego ibi steti et didici litteras artis gramatice».

Cuatro papas de la Orden de San Benito, Alejandro II, Gregorio VII, Urbano II y Pascual II, le concedieron grandísimos privilegios.

V

BIENES, RENTAS, IGLESIAS Y PUEBLOS QUE POSEYO SAN JUAN DE LA PEÑA

San Juan de la Peña, fué, pues, corazón y centro, refugio en vida y panteón en muerte, durante aquellos días nebulosos del siglo IX y X, y durante las centurias guerreras de expansión y de brío en que los monarcas de la dinastía navarra llevaron sus armas victoriosas hasta más allá de donde corre el Ebro, vena capital del que por ellos fué reino de Aragón. Pero llegado a su completo desarrollo, unido al tronco dinástico de los Berengueres catalanes los nuevos monarcas que ya no son de Aragón sino de la «Corona de Aragón» buscaron su residencia en lugares menos ásperos y bravíos y quisieron asimismo, ser sepultados en panteones más suntuosos, más en armonía con sus reinos más poderosos; y así nacieron esos monumentos de arte, frente a las olas del mar latino, entonces aragonesas que en tierras de Tarragona llamamos Santes Creus y Poblet.

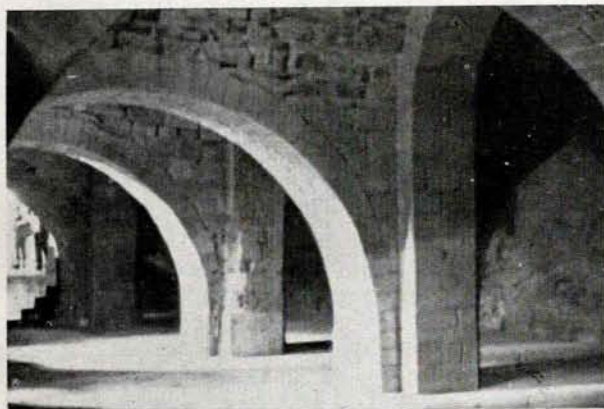
San Juan de la Peña había ya cumplido su misión; ser en los siglos de austeridad, frente al poder de los emires y de los califas, un foco de repoblación y de ímpetu guerrero y germen civilizador de las ásperas tierras reconquistadas del Pirineo. ¡Qué perfectamente se cumplió en todos los monasterios que en aquellos tiempos

salpicaban el territorio cristiano las palabras divinas; «buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura». Buscando a Dios aquellos anacoretas encontraron al prójimo, luchando por el cielo encontraron libre la tierra del poderío musulmán, cultivando la virtud hicieron germinar la cultura, una cultura en la cual la actividad, el trabajo, el tesón y la voluntad quedaban sublimados. Con razón ha podido decir un historiador que aquellos monjes medievales en vez de hundir al hombre en el escepticismo y materialismo lo levantaron sobre las alas místicas de la teología hasta las puras regiones donde respiran las almas.

No se crea sin embargo que a partir de doña Petronila los reyes de Aragón dejaron de visitar nuestro cenobio y de enriquecerlo con sus donaciones, pues nos consta frecuentemente que tanto Ramón Berenguer que estuvo en el monasterio, como su hijo Alfonso II el conquistador de Teruel, que no sólo lo visitó sino que confirmó las donaciones de sus antecesores y posteriormente le da, entre otras muchas cosas, prebendas y privilegios, los lugares de Senegüé y Betés. Pedro II le dió estando en Jaca, los lugares de Lerés y Asprés, en 1212 otorgó de nuevo el privilegio de la prueba judicial del hierro candente, en los agravios del cenobio y que el que lo intente jure en poder del abad ante el altar y luego tome en la mano el hierro candente. Este privilegio fué confirmado en 1224 por Jaime el

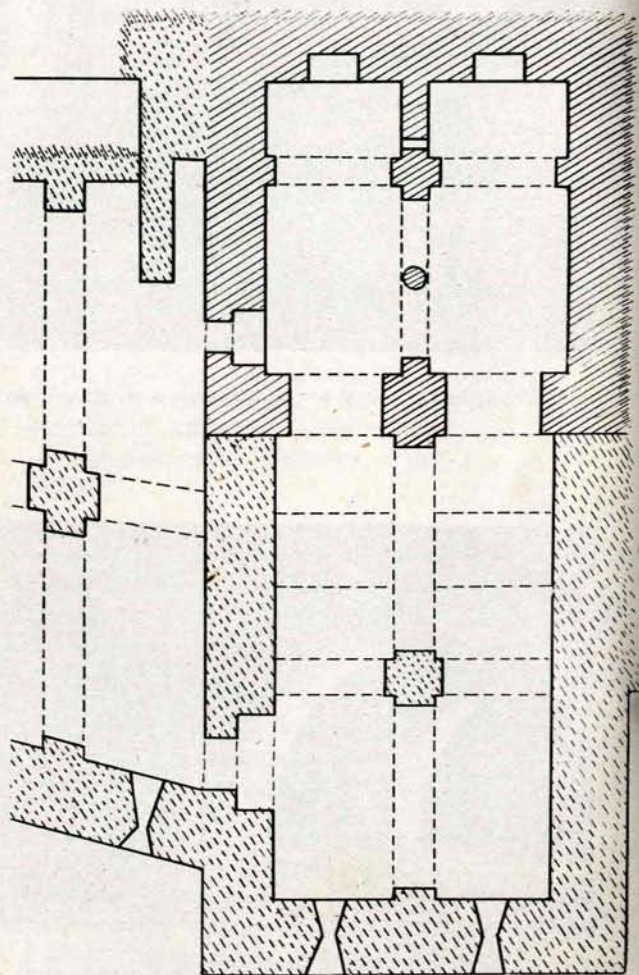


Monasterio Viejo: Muro que da al barranco (después de la última reparación).



Atrio de la iglesia inferior o Sala del Concilio.

Planta de la iglesia mozárabe: En la parte inferior se ve la prolongación románica hecha para nivelar el terreno a fin de construir la iglesia superior.



Conquistador. De lo anteriormente expuesto se colige que los reyes de Aragón no dejaron nunca de visitarle y favorecerle con su apoyo moral y material. Sabemos por otra parte que las relaciones con los reyes y los abades del cenobio piñatense fueron muy cordiales y estrechas.

Tampoco las donaciones particulares y eclesiásticas sufrieron merma sino que por el contrario se encuentran por centenares las escrituras de testamento con mandas cuantiosas al monasterio. Podemos afirmar, con justeza, que tanto la prosperidad como el prestigio de San Juan durante la Edad Media no conocieron pares.

De todo esto se infiere las pingües rentas que tuvo San Juan de la Peña.

Muchísimos lugares en Aragón, Valencia y Victoria eran del dominio de su abad que nombraba sus curas y justicias. La concordia suscrita entre el abad y el obispo y cabildo de Huesca el 29 de mayo de 1245, que publicó D. Ricardo del Arco en el Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en diciembre de 1917, nos da una idea de la importancia de estos beneficios.

El abad Briz Martínez nos dice que en su tiempo, 1620, ascendían las iglesias seculares sujetas al monasterio, a 126 y que los monasterios a él sometidos subían a 65. Por fin añadiré que el año 1187, 238 de los pueblos que le pertenecían ya en dominio pleno, ya como señorío laical, hicieron voto de acudir todos los años en la octava de Pentecostés uno de cada casa, con las cruces parroquiales y cantando las letanias, a visitar

el cuerpo de San Indalecio en San Juan de la Peña, y dar por cada yugada, un cuartal de trigo, y por cada bestia de labor, medio.

Este voto, en frase de un cronista de monasterios benedictinos, excedía al de Santiago y al de San Millán de la Cogulla. Aun hoy día algunos pueblos vecinos cumplen anualmente la primera parte del voto acudiendo procesionalmente.

VI

EL MONASTERIO VIEJO

Entre las frondosidades de la sierra, entre el tupido verdor de los pinos y la maleza, frente al soberbio Pirineo, que desde los montes Malditos hasta las estribaciones navarras nos ofrecen su aspecto grandioso, rompiendo sus agujas el azul profundo del cielo, descendiendo entre rocas por el moderno camino forestal, llegaremos con el alma ungida de veneración y de respeto a lo que simboliza y fué el corazón y el alma de la tierra aragonesa en sus primeros y más difíciles años de formación.

Entre rocas, que la erosión ha cortado y socavado por su base, abriéndose en profundo valle, alfombrado de pinos y maleza, se descubre hacia el norte destacando sobre el humilde caserío, el monasterio de Santa Cruz de la Serós, fundación benedictina filial de San Juan. Las alturas, los precipicios, son aun tan terribles, la vegetación

tan vigorosa y exuberante, la soledad casi tan impenetrable como en tiempos del primer santo anacoreta.

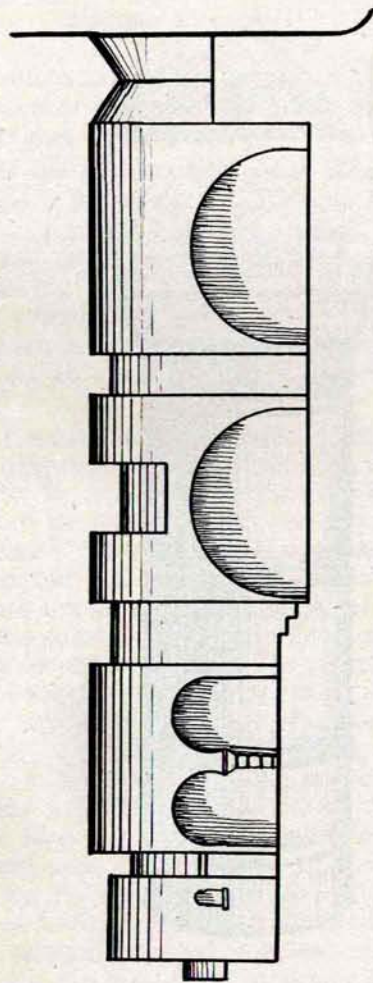
Únicamente en la mitad de la hondura al abrigo de la peña, que, falta de hierbas, no presenta sino su inmensa mole de conglomerado de canto rodado, sobre la oscuridad de una inmensa caverna ennegrecida, aun más, por los incendios, destaca en vez de la ermita de San Juan de Atarés, un monasterio, como dijo uno de sus abades, Briz Martínez, «pendiente como rico joyel de su redonda cabeza». Aquí está el famoso monasterio aragonés, que a pesar de sus muchas reformas y modificaciones, lleva grabados en sus piedras los días gloriosos de los Sanchos, de los Ramiros, de los Pedros. Diríase, que entreabiertas las entrañas de la tierra, ha ascendido de ellas el austero edificio monacal, que es cuna y panteón de Aragón, con sus glorias y sus libertades. Los árboles que crecen en el fondo de la barranquera elevan sus ramas hasta la raíz de sus cimientos, sirviéndole de trono y también de dosel, el peñasco, y, sin embargo, su fachada de añadidos y de pegotes, de tanto abandono, de tantas restauraciones mal dirigidas, no responde a la grandiosidad de la posición, abrupta y grandiosa, que ocupa, ni a la majestad de los monumentos que encierra. Sólo el espesor de los muros y algunas ventanas semicirculares y el acierto del lugar sellan con su carácter la marca de antigüedad.

Nos detendremos delante del monasterio y ante su aspecto de guarida de cubil de fiera, re-

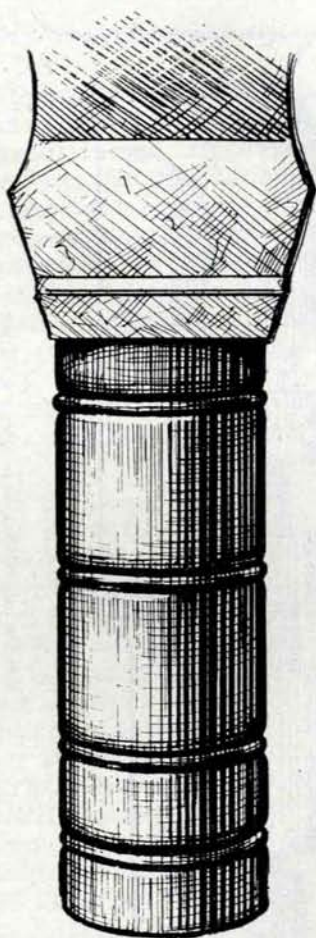
cordaremos que lo que hay allí a la vista bajo la inmensa peña, no es precisamente lo más antiguo del famoso cenobio; lo que hoy llama nuestra atención, lo que forma lo más interesante, son los restos, desgraciadamente sólo restos, de lo que tras algunos siglos de veneración, mandó construir el segundo de los monarcas aragoneses, Sancho Ramírez, a quien se debió la renovación de la iglesia, del claustro y del templo consagrado con gran solemnidad por aquella corte trashumante y guerrera en el año 1094. Y ya debía mediar el siglo XII para que la maravilla del claustro, que hoy nos admira, se concluyera.

Nuestra mente no puede concebir que debajo de aquella roca haya tantas dependencias, a pesar de que hubo muchas más, pues no faltaban ni las habitaciones pertenecientes a su comunidad numerosa, ni dos palacios para el abad, una hospedería, la biblioteca y el archivo, además de la pradera y la fuente exterior que hoy subsisten. Por haber de todo, hasta tuvo el monasterio su imprenta propia, aunque por poco tiempo, y en ella el impresor oscense Juan Nogues tiró la obra **PATROCINIO DE ANGELES Y COMBATE DE DEMONIOS**, escrita por su abad Fray Francisco Blasco de Lanuza, cuyo pie de imprenta reza «Impresso en el Real Monasterio de San Juan de la Peña por Juan Nogues 1652».

Aun a la entrada permanece todavía, consumido por las llamas del incendio de 1675, los restos del que fué campanario, cuyas campanas,



Sección longitudinal de la iglesia mozárabe.



La única columna mozárabe
de San Juan de la Peña

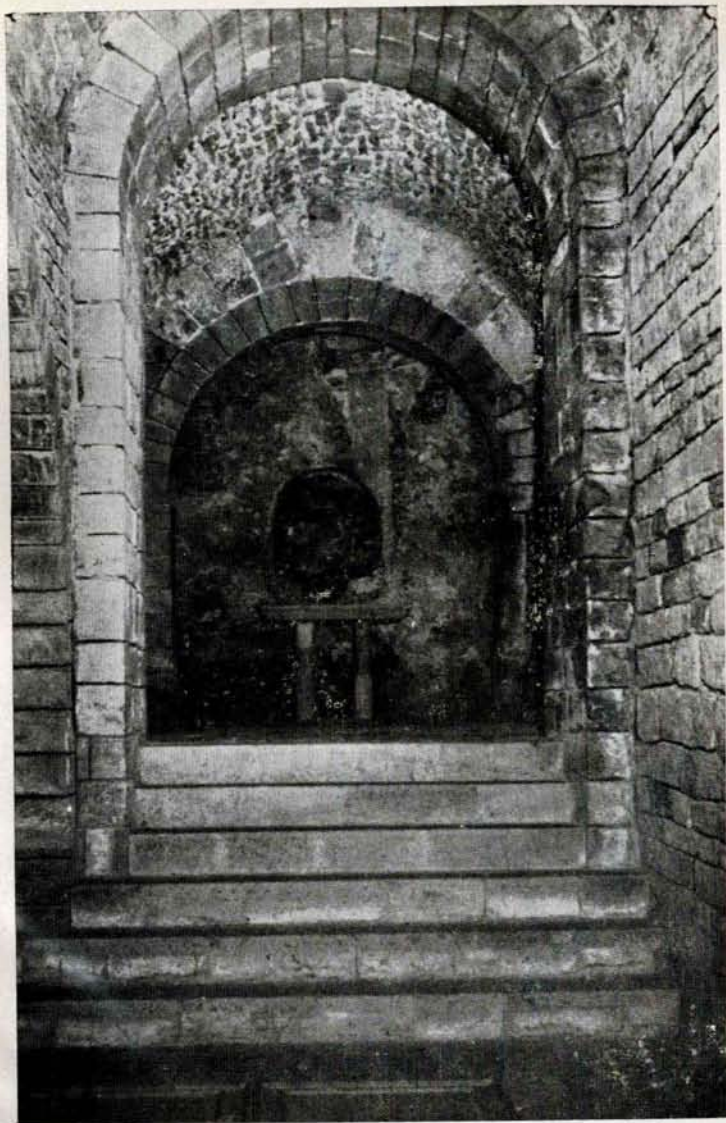
en vez de dilatarse gozosas por los aires, retumbarían y encontrarían sus ecos entre los montes y la concavidad de la peña.

Lampérez, en su «Historia de la Arquitectura cristiana en la Edad Media», dice que San Juan de la Peña es un monumento independiente a todo tipo monástico. La planta no tiene la disposición ni los caracteres del plano de Saint Gall, ni la orientación litúrgica de la iglesia, ya que San Juan se debe a lo forzado del emplazamiento en su acomodación al hueco de la cueva.

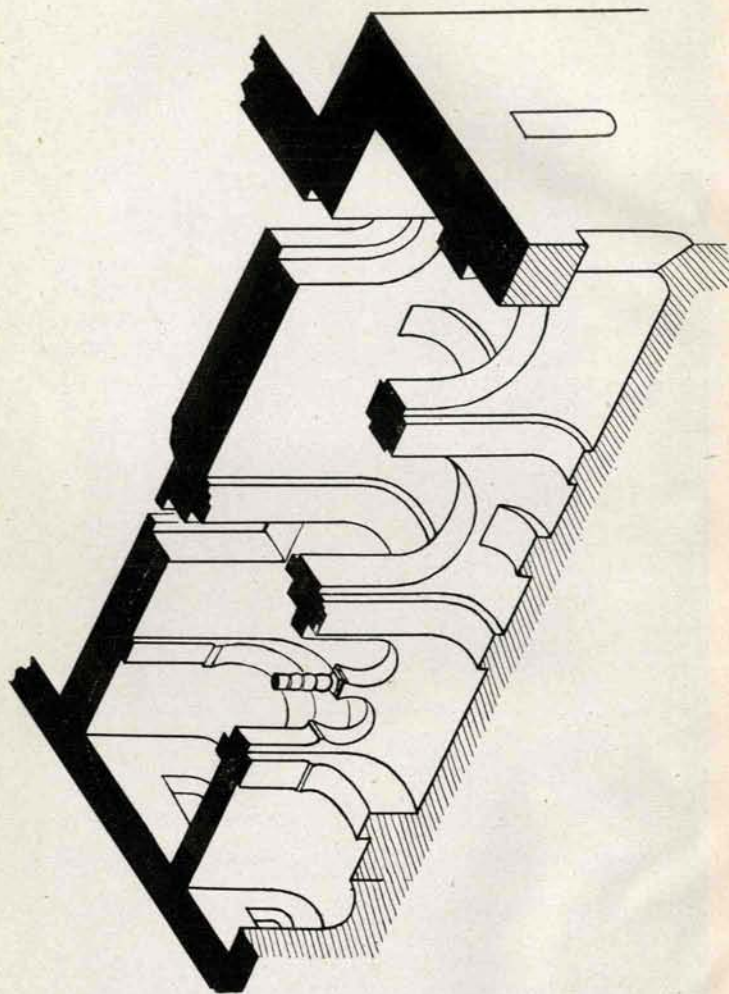
A mano derecha entrando y descendiendo unos escalones llegaremos a una amplia sala llamada del Concilio. Es una estancia lóbrega, irregular, con bóvedas de medio cañón, en cuyo centro, cuatro arcadas bajas, parece que la dividen en dos. Determinan las divisiones grandes arcos de medio punto que arrancan del pavimento, quizá porque como ocurría en Leire, el monasterio navarro rival del nuestro, están las pilastras soterradas, y sustentan las bóvedas. Unas aspilleras, el carácter guerrero unido al religioso, le dan una luz mortecina. ¡Qué de evocaciones provoca esta sala del Concilio! Bajo sus bóvedas recias pero sobrias y pobres, propio de un reino que nace entre luchas y obstáculos superiores a sus fuerzas, aquí, bajo esta luz triste y empalidecida, suponían los historiadores de los siglos XVI y XVII que se había reunido aquel concilio, mitad asamblea religiosa, mitad política, el primero del reino de Aragón, bajo la dirección de su

primer monarca, el rey Ramiro I, de Sancho, obispo de Aragón, y de otros prelados, abades, monjes y magnates del reino para tratar de la vida y disciplina religiosas, conforme a los cánones del Concilio de Nicea, confirmando lo que ya estaba reformado por el rey Sancho el Mayor, el creador para su hijo Ramiro del diminuto reino de Aragón. Y aunque la crítica moderna ha demostrado la falsedad de las actas de aquel Concilio, esta sala sigue conservando todo su mágico poder de evocación. Detrás del muro de ésta, que debió ser el atrio de la iglesia inferior, hay un pequeño local o mazmorra que el vulgo dice ser el lugar de castigo de monjes y herejes cuando en realidad sólo es un paso a la iglesia baja antigua por una puertecilla y escalerilla, desaparecida hoy esta última.

Este abad, historiador del monasterio, dice que, «se entraba en la iglesia vieja antiguamente por una de las paredes colaterales, por dos puertas que salían a otra grande iglesia o atrio más levantado y ancho, también de dos naves y de muy buena cantería que ahora sirven para bien distinto ministerio, a osario. Y se entiende de que el no haber continuado este atrio que se halla en forma de iglesia con la pequeña que ahora es de la Madre de Dios, fué porque en la capacidad de ésta estuvo fabricada la primera ermita donde fué hallado el santo Juan de Atarés, y pareció justo que la iglesia que se sustituía en su lugar no excediere



Iglesia inferior: Graderío de acceso al presbiterio.



de su mismo tamaño, acomodándole para ostentación y grandeza la obra colateral que digo».

Aquí fué donde, en un principio, en esta especie de atrio de la iglesia inferior, encontrábanse las sepulturas de los magnates y de las más nobles y antiguas familias, cavadas en la peña, digno lugar de reposo y descanso para los paladines heroicos de nuestras primeras luchas de reconquista.

Esta sala evocadora y la cripta de la iglesia, el primitivo templo, son las partes más venerables y antiguas del cenobio.

Verdadero recogimiento impone la oscura iglesia inferior, verdadera cripta rectangular dividida en dos naves por viejas pilastras, sustentando arcos de herradura, con bóveda estrecha y larga y en general con ese sello de sobriedad, de algo misterioso, que caracteriza a la llamada arquitectura mozárabe, apagada y pobre reminiscencia de la visigoda, que tanto contraste ofrece en lo político y en lo guerrero con el arte de los reinos cristianos, oscuros y remotos de las montañas y el arte triunfal y alegre de los califas cordobeses en el siglo décimo, es decir, hace precisamente un milenio. Esta iglesia es rectangular y tiene un ábside cuadrado y orientado al norte por disposición de la gruta. Para ascender al presbiterio hay un doble graderio que parte del segundo pilar.

Una luz tenebrosa que le proporcionan dos estrechos ventanales, que más parecen aspile-

ras, da un aire misterioso a esta iglesia impresionante que fué utilizada como enterramiento a principios del siglo XIX, según rezan las inscripciones sepulcrales que en número de cuatro pueden verse al pie de las escaleras.

Es ejemplar de lo más interesante y raro, probablemente del tiempo de Sancho Garcés I, que reinó en Pamplona y en las estribaciones pirenaicas en los primeros años del siglo X. Esta iglesia fué consagrada en el año 922 por el obispo Iñigo.

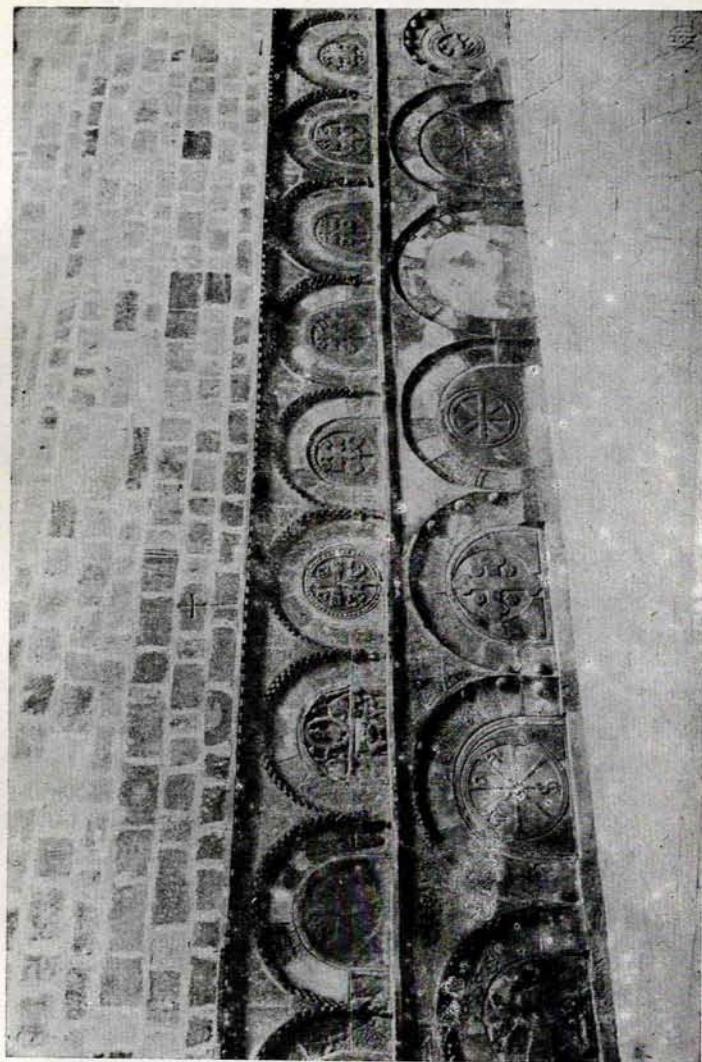
Las dos estancias reseñadas son las únicas piezas, afortunadamente conservadas, del monasterio primitivo, aunque no se compagine con el resto del monasterio viejo, en su casi totalidad de construcción románica, de doscientos años después, en los tiempos en que con tenaz empeño ponía sitio a la ciudad de Huesca, en donde le sorprendió inesperadamente la muerte, el rey Sancho Ramírez.

Esta iglesia, según dice Briz Martínez, tenía cinco altares, el principal dedicado a la Virgen, ante cuya imagen ardían perennemente dos lámparas.

VII

EL PANTEON DE NOBLES

Junto a la puerta principal había una gran torre de cantería, y de aquí partía antes una gran escalinata de veintiséis gradas muy an-



Panteón de nobles.

chas sustituidas actualmente por una escalera muy ordinaria, subiendo la cual llegamos a un sitio cobijado por la roca; recibe la luz gracias a la distancia que hay desde lo alto de la casa abacial a la vuelta de la peña, por ir ésta levantándose hasta la cumbre del monte.

Aquí, en este rincón oblicuamente iluminado por los pálidos rayos solares, duermen el sueño eterno los ricos hombres y los grandes de la tierra, los grandes y sencillos guerreros de la época heroica, los vencedores de Graus y Benabarre, los conquistadores de Barbastro y Huesca, los adalides del Alcoraz y los que más tarde fueron altivos y orgullosos barones de Aragón, rivales del soberano. Junto a las damas y servidores del trono allí descansan a las puertas del templo, cuya devoción fué norma de su vida, a los pies de sus reyes sepultados pared por medio en el antiguo panteón. ¡En verdad que no pudieron encontrar mejor lugar de reposo! Archivoltas con molduras ajedrezadas, por lo general sostenidas por unas como toscas, pero graciosas cariátidas, muy interesantes en la historia del arte románico, separan las filas. Algunos llevan esculpidos escudos de armas, muchos la cruz de Iñigo Arista, otros el lábaro cristiano con el monograma del Salvador. En uno podemos admirar una escena en relieve representando cómo llevan a la gloria, encerrada en un nimbo, al alma del difunto. «La historia de los sepulcros de nuestros primeros reyes de Asturias y León, así como los de Na-

varra y Aragón—dice aquel gran oscense que fué Valentin Cardevera—ofrece extraordinaria analogía con los primeros cristianos de Roma. Ocultos éstos en los subterráneos y catacumbas de la ciudad eterna, se enterraban junto a los mártires, y sobre sus tumbas ofrecían al Señor el incruento sacrificio. En torno a aquellos cuerpos venerables, con la fe consoladora y la esperanza de la resurrección, la muerte no se les presentaba temerosa, como a los paganos, sino como tránsito dulce a la vida eterna. Así los Pelayos y los Alfonsos se enterraron en la sagrada cripta de Covadonga; así los García-Giménez, los García Iñiguez, los Sancho Garcés, los Pedros y Ramiros en las concavidades sagradas de este monasterio pinatense. Diríase que de estos gloriosos subterráneos de Covadonga y San Juan de la Peña, salió nuestra regeneración política y religiosa del propio modo que de las catacumbas romanas, cuna del arte cristiano, salió pura y resplandeciente la fe de nuestros padres y el germen de la regeneración de la sociedad humana».

Así como en los primeros siglos del cristianismo sepultaban los secuaces de Cristo en las excavaciones hechas en el tufo volcánico de las catacumbas de San Sebastián, así nuestros caudillos se enterraron en estas venerables peñas, cobijados por el manto protector de la santa Virgen y a la sombra de las sagradas reliquias. Una huesa profunda, practicada unas veces en la pared, otras en el suelo, recibían sus cuer-

pos colocados en una sencilla caja o féretro de bronce metido dentro de un lucillo o arca de piedra. Su cubierta muchas veces era plana, tosca y pesada; después se le dió la forma llamada tumba o sea ligeramente curvada que se ha conservado por tantos siglos. Enterráronse con sus armaduras, con sus vasos de oro y cuantos utensilios les habían sido caros en la vida. Costumbre fué ésta muy arraigada desde los godos y otras naciones septentrionales, en cuyos sepulcros, ocultos profundamente bajo tierra, encerraban, con sus principes y magnates, todas sus riquezas, costumbre que fué poco a poco aboliéndose gracias al cristianismo que hizo conocer cuán vanos eran en aquella última morada del hombre trofeos y riquezas, inscripciones y pomposos epitafios.

Así los gloriosos adalides y magnates de Aragón, no yacen de otro modo sepultados que como aun vemos a los primitivos cristianos en las catacumbas y columbarios de Roma. «Así los encontramos también en el atrio de la iglesia de San Juan metidos en la roca viva; con una cruz, la cruz de estos reinos, como una proclamación más de la fe que profesaron, con sencilla inscripción, como quien duerme en la dulce confianza de que sus nombres se hallan en el libro de la Vida Eterna.

Con las constantes destrucciones que ha sufrido el monasterio, hoy solamente quedan veinticuatro sepulturas en dos filas, separadas por una imposta, de estos hombres de hierro, de

los siglos XI y XII, y todos serían de los llamados «Caballeros de San Juan», que dependían de este monasterio, donde recibían una especie de investidura ante la comunidad, en solemne ceremonia; unos lo hacían como acto de devoción y piedad; otros, los más, para ponerse bajo la protección divina en sus jornadas guerreras. ¡Y qué de nobles apellidos, de rancio abolengo aragonés, encontramos en estas inscripciones escuetas! Aquí los Cornel, Tizón, Entenza, Luño, Garcés, Atarés, Cajal, Urries y tantos más.

Siempre un nombre ilustre, una fecha, y en la de Lope Ferrench con sencillos versos se explica el dolor causado por su pérdida. En tierra y debajo del escudo de sus antecesores, una lápida nos recuerda el lugar donde estuvo enterrado D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, antes de ser trasladado al panteón de Hombres Ilustres.

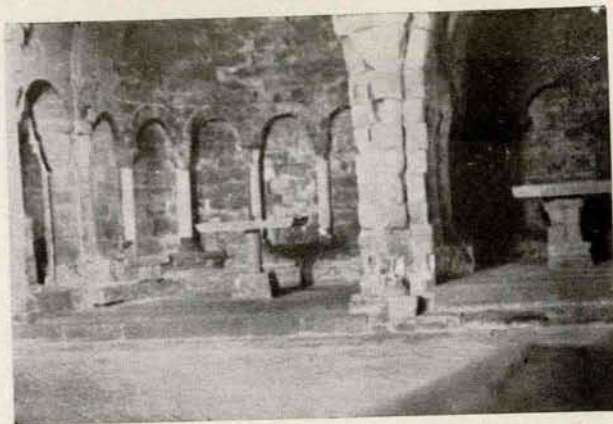
El columbario tiene trece sepulcros en la fila superior y once en la inferior, y está coronado por una imposta ajedrezada, tan típica en el arte románico, de la misma clase es la archivolta que limita cada nicho a excepción de cuatro en la fila inferior, que presentan pomas, como motivo ornamental, y otros sin adornos. También son interesantes los adornos de las losas de estos nichos; en la fila superior abunda como emblema la cruz de Iñigo Arista con un florón en sus ángulos. Son notables un curioso relieve del siglo XI, nicho quinto de arriba, que



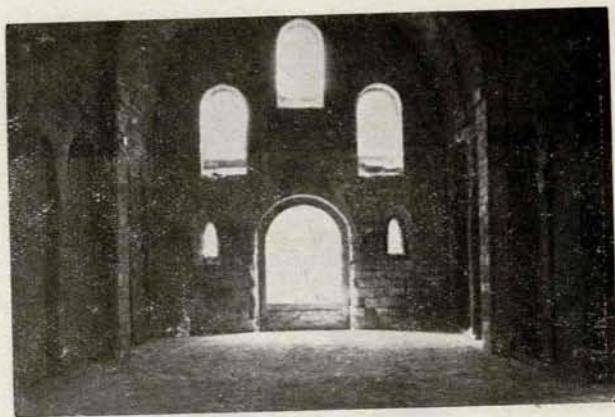
Puertas de acceso a la iglesia superior desde el Panteón de Nobles.



El único capitel reconstruido.—Ocupa el décimo lugar.



Abside de la iglesia superior.



Nave de la iglesia superior, con los ventanales que la iluminan por el lado del barranco.

representa la Adoración de los Reyes. Los nichos noveno y décimo presentan un grifo y un león.

El hecho de que el Papa Urbano II, mediante Breve, mandara al Obispo de Jaca D. Pedro, que había sido monje de San Juan, que no prohibiera a los seglares, Caballeros de San Juan, que lo pidieran, ser enterrados en el cementerio del cenobio, nos hace comprender la gran cantidad de lápidas que hay en este atrio.

De este panteón dice Lampérez: «El panteón de ricos hombres, por su identidad con el claustro, columnillas y archivoltas, es del siglo XII. Es acaso el panteón románico más completo que existe, conservado en conjunto. Está en el atrio de entrada y parece inspirado en los columbarios romanos».

Estas frases condensan la importancia que tiene este departamento del célebre monasterio.

VIII

IGLESIA PRINCIPAL Y PANTEON REAL

Por una puerta situada enfrente de la que da entrada al atrio, se penetra en la iglesia alta, que es de una sola nave, pero por un ensanche de ésta y un triple arco triunfal de medio punto, liso sobre columnas de capiteles toscos, que señalan la cabecera, quedan marcadas las partes litúrgicas, nave, crucero y áb-

side, socavado en la peña. La nave mide 30'50 metros de largo, 10'50 de ancho en lo que podemos llamar crucero y 7'50 metros a los pies de la iglesia, sin contar el espesor de los muros que tienen de 1 a 2 metros de grueso. Su planta es asimétrica, ya que el muro que da al panteón real va, algo diagonalmente, ensanchándose hacia el presbiterio. La roca, que va levantando su concavidad en progresión proporcionada, corre hasta mitad de la iglesia donde comienza otra bóveda de medio cañón y de cantería que cubre el resto de la iglesia mayor. Al presbiterio se asciende por tres gradas.

Corrían los últimos días del año 1094 cuando el joven rey Pedro I abandonaba el campamento, que, rodeando a Huesca como un cinturón de hierro, asfixiaba a la ciudad que agonizaba en su vida musulmana. Dando treguas así, a la conquista y al voto hecho cuando la asediaba su padre que murió allí, el monarca, rodeado de sus guerreros y magnates, se encaminaba a San Juan de la Peña para asistir a la consagración de la nueva iglesia, que el rey Sancho, su padre, en sus largas y frecuentes permanencias en aquel sitio, con amor y celo singular, había dejado casi concluida. Verificóse con solemnidad grandiosa la ceremonia el día 4 de diciembre por el legado del Papa Amato, arzobispo de Burdeos, en presencia del rey Pedro y de su tía la infanta Doña Sancha. Asistieron además de los citados y de los ricos hombres, dos obispos y los abades de San Juan, de San

Salvador de Leire y de San Ponce de Tomeras. Lo que está probado por dos donaciones que el rey hizo en el mismo día y por otra hecha en favor de San Juan por D. García Ximeno de Arbués y D. Iñigo Ximénez de Luna, de la iglesia de San Martín de Botayola con todo su heredamiento.

Junto al presbiterio, en el lado del Evangelio, hay una puerta que conduce al panteón real, antigua sacristía. Es de nogal de fina talla con los escudos de Aragón, está coronada por dos ángeles de yeso con trompetas que sostienen una lápida de mármol negro, cuya inscripción retórica «Los augustos libertadores de la patria y los defensores de la verdadera religión de España, se guardan con veneración en este noble monumento», nos dice el gusto retorcido de los restauradores del siglo XVIII. Con razón decía Quadrado: «Hay que cerrar los ojos y dar reposo a la vista, sentir el habla queda en el recuerdo de aquellos colosos que sembraron los jalones y pusieron a fuerza de valor los cimientos de nuestra nacionalidad, que contemplar el frío y desolado panteón del siglo XVIII, que con el gusto degenerado de la época y las ideas torcidas quisieron hacer algo digno de aquellos venerados restos humanos».

Este local fué antes sacristía en la que había un altar en que se celebraban misas y aniversarios por los reyes en ella enterrados. Estaban los restos reales en cisternillas hechas de bóveda metidas profundamente en la roca. Esta-

ban unidas unas a otras y arrimadas a la peña que les servían de magnífico dosel. No había sobre los sepulcros ni bultos de piedra ni armas ni escudos; eran la sencillez y humildad en esencia. Había doce sepulcros de piedra y muchos en tierra señalados con inscripciones. Sólo se podían leer tres epitafios en las losas sepulcrales. «Hic jacet famulus Dei N. Rex», con la era de su muerte.

Más valdría, casi, al llegar a esta estancia actual, cerrar los ojos y dar reposo a la vista, sentir el habla queda, en el recuerdo de aquellos colosos, de aquellos hombres que en los años de los siglos X, XI y XII, recibieron allí el descanso, más veces procedentes del campo de batalla, de la algara cruenta, que del lecho mullido, más cansados de combatir contra el poderío inmenso de los secuaces del Profeta que sosegados de la tranquila y gozosa vida de la corte: ¡Qué de recuerdos nos llenarían el alma si se hubiera conservado lo rudo y primitivo del carácter que tuvo, con la estancia sombría, los sarcófagos toscos y bárbaros, de un arte que nace, sus inscripciones desgastadas! Pero nada de esto se encuentra y la evocación se extingue ante la vista de tanta cornisa y zócalo de jaspe y de los dorados del techo.

Movido por su poderoso ministro, el oscense conde de Aranda, la católica majestad del rey Carlos III, en carta de la Cámara Real de Castilla del 5 de agosto de 1767 dirigida al abad y monjes de San Juan de la Peña decía que no

se accedía a que se removiesen de la cueva donde descansaban, los reales huesos y que se reconstruyera allí un panteón donde se colocaran con la decencia que les convenía, las cenizas. La obra debía ser realizada según los planos que había remitido el abad al rey y que se colocara en él el medallón de Carlos III y no una estatua como había propuesto el abad. El ingeniero D. José Hermosilla y Sandoval, que informó los planos, ordenó que la obra se ejecutara toda en jaspe, con un altar en la cabecera que debía llevar un crucifijo y dos estatuas y que los nichos estuvieran cubiertos por tapas de bronce dorado con sus inscripciones correspondientes. Enfrente de los sepulcros deberían colocarse cuatro relieves de estuco representando hechos memorables de los reyes que allí descansaban.

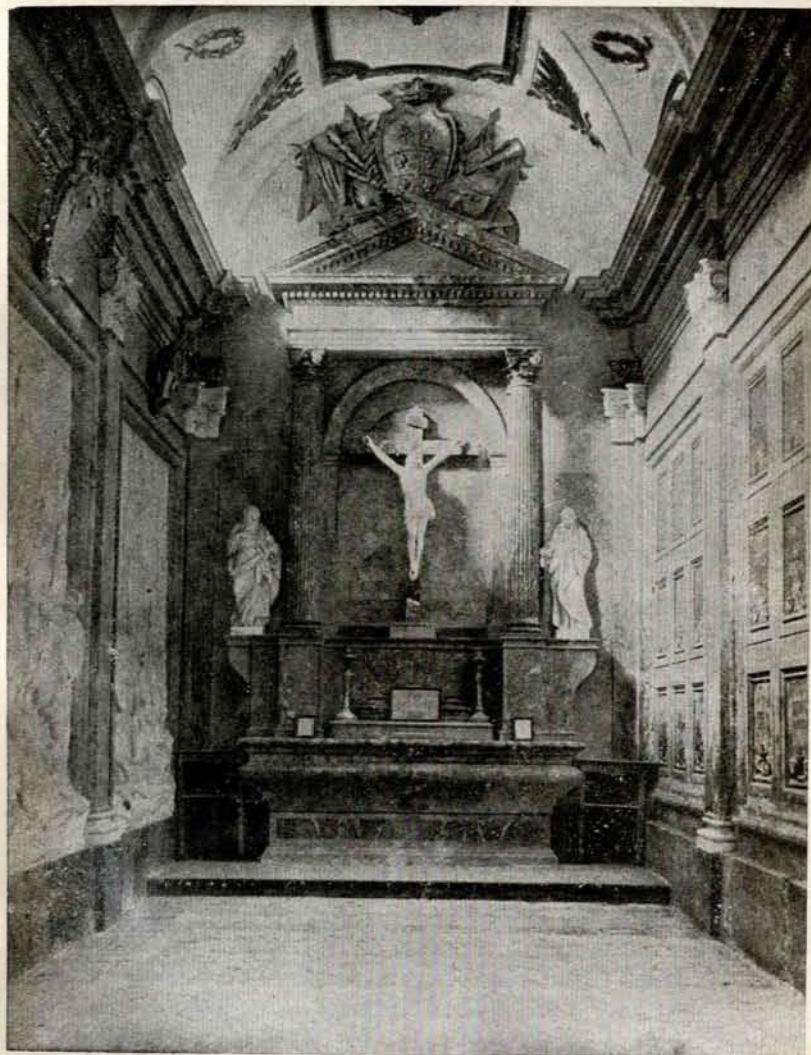
Fué encargado de realizar la obra el escultor zaragozano Carlos Salas, autor de la Santa Capilla del Pilar de Zaragoza, con la colaboración del maestro platero de Huesca José Estrada.

Salas esculpió un crucifijo y las estatuas de la Virgen y de San Juan talladas primorosísimamente. Otro artista apellidado Ipas labró los cuatro relieves de estuco que representan la batalla legendaria de Garci Ximénez con la cruz de Sobrarbe, la de Iñigo Arista con la cruz que vió en los aires con cuatro rosas en sus cuatro ángulos, la conquista de Huesca que decide la sangrienta jornada del Alcoraz con la intervención milagrosa de San Jorge y por fin la jura

de un rey de Aragón ante el Justicia del reino. Por suerte los sepulcros reales quedaron en el mismo sitio y forma en que estaban antes, pero delante de ellos se levantó una de las paredes del panteón, la de la derecha entrando, tapando los sepulcros.

¿Y qué diremos de las inscripciones sepulcrales, casi todas ellas hijas de la fantasía monacal y del afán y prurito dieciochesco de acumular en el monasterio de su devoción el mayor número de glorias? Con absoluta veracidad y fundamento sólido podemos proclamar que allí yacen Ramiro I el primer de Aragón, su hijo el gran Sancho Ramírez, Isabel hija de este último monarca y el conquistador de Huesca Pedro I. Aquí termina ya la serie de personajes reales indiscutibles enterrados en esta fría mansión. Sin embargo, el que no conste fehacientemente, no significa que no haya en San Juan de la Peña más cadáveres de regia estirpe, pues, como dice el Padre Huesca, el gran historiador eclesiástico de Aragón, «el consentimiento general del reino y de todos nuestros historiadores, las memorias del monasterio y los sepulcros reales tenidos y reputados por tales en todos los siglos, son testimonio de haber sido éste el sepulcro común de nuestros reyes aragoneses hasta Alfonso el Batallador».

Es éste un recinto para no ver objetos exteriores, ni las inscripciones, y sí, cómo se puebla aquella estancia, de monarcas venerables, encanecidos en las batallas, de príncipes cargados de



Panteón Real: Altar, siglo XVIII.

laureles, que luchando por su patria y por su fe, encontraron algunos prematuramente la muerte; de aquellas reinas varoniles nacidas en estas montañas o venidas de la otra vertiente del Pirineo, que acompañaban a sus maridos en los consejos y en las jornadas bélicas, en el tálamo y en el sepulcro: allí Iñigo Arista o Ramiro, sin disputarse el título de fundadores de dinastía confunden, en sepulcro común, la herencia y las glorias del período que cada cual inaugura, y el brillo de sus coronas de Pamplona, de Sobrarbe y de Aragón. Allí reposan los primitivos reyes para quienes una aldea pasaba por corte y una sorpresa por triunfo, junto a sus biznietos que les hablan de batallas campales, de asaltos de ciudades, de espléndidas fortalezas y de palacios. Allí reposan Ramiro y Sancho Ramírez, éste sin ver coronada en vida su empresa de la toma de Huesca, pero reposa allí, bajo la peña, donde haciendo alto en sus jornadas tantas cuasresmas pasó en penitencia, descansando de sus combates o procurando otros nuevos, dentro del cual mandó a sus hijos y rogó a sus caballeros que se enterrasen como lo habían hecho sus antecesores. Pero, sólo un hijo verá a su lado, cercado de gloria, aunque lleno de tristeza el rostro, por encontrar la muerte en plena juventud. Mas el conquistador de Huesca y de Barbastro, sobre la tumba de sus tiernas hijas, llora, hundida su esperanza y da gracias al cielo por haber acortado el tiempo de su dolor. Sus dos hermanos, los dos últimos retoños de aquella estirpe guerrera

del Pirineo, ya no vinieron muertos a este panteón, sino que, ya reconquistada, descansan en el claustro apacible y bello de San Pedro el viejo de Huesca, y los reyes de la dinastía catalana, que reinaron en Aragón del siglo XIII al XV, miraron ya a San Juan como monumento histórico de un periodo heroico de luchas; pero prefirieron dormir en Poblet, al arrullo de las brisas del Mediterráneo, mejor, que cantados por el cierzo de las montañas.

Las tapas presentan las siguientes inscripciones:



Panteón Real.—Sepulcros reales.

D. FERDINANDVS PRINCEPS ET ALII QVAMPLVRES	D. PETRVS ET D. ELISABETH HORVM FILII	D. BERTA AGNES LIVS VXOR
D. GVNDISALVVS SANCHEZ	D. EXIMENA EIVS VXOR	D. GARSIA SANCHEZ
D. GARSIAS XIMENEZ	D. ENNECA EIVS VXOR	D. GARSIA INIGVEZ
D. PETRVS I	D. SANCTIVS RAMIREZ	D. RANIMIRVS SANCHEZ D. GILBERGA SIVE ERMISENDA EIVS VXOR
D. TOTA FERNANDEZ EIVS VXOR	D. SANCTIVS GARCES ABARCA II	D. THERESIA GALINDEZ EIVS VXOR
D. TOTA SEV TEVDA EIVS VXOR	D. FORTVNIVS GARCES	D. SANCTIVS GARCES
D. FELICIA SANCTH RAMIR VXOR	D. NVNIA SIVE ELVIRA CASTEL COMITISSA VXOR II EIVSDEM REGIS	D. CAVA I VXOR REGIS D. SANCTH MAIORIS
D. GARSIA SANCHEZ ABARCA	D. TOTA VRRACA EIVS VXOR	D. SANCTIVS GARCES ABARCA I
D. GALINDA EIVS VXOR	D. GARSIA XIMENEZ II	D. GARSIA INIGVEZ D. EVRRACA EIVS VXOR

IX

EL CLAUSTRO

Superior a todo lo admirado en nuestra visita al cenobio, en belleza y originalidad artística, es el claustro. Penetramos en él bajo una interesantísima puerta de arco de herradura, de dovelas pequeñas, con despiece radial, resto o aprovechamiento, por su estilo inconfundible mozárabe, de la primitiva construcción del siglo X, según la clasifica Lampérez, siguiendo a Quadrado con quienes y con Del Arco coincide Carlos Cid al tratar de este monasterio. Los incendios sufridos por la casa sólo han respetado una imposta, que está decorada con sogueados. La archivolta lleva una inscripción que fué trascripta por Lampérez siguiendo a Quadrado del siguiente modo:

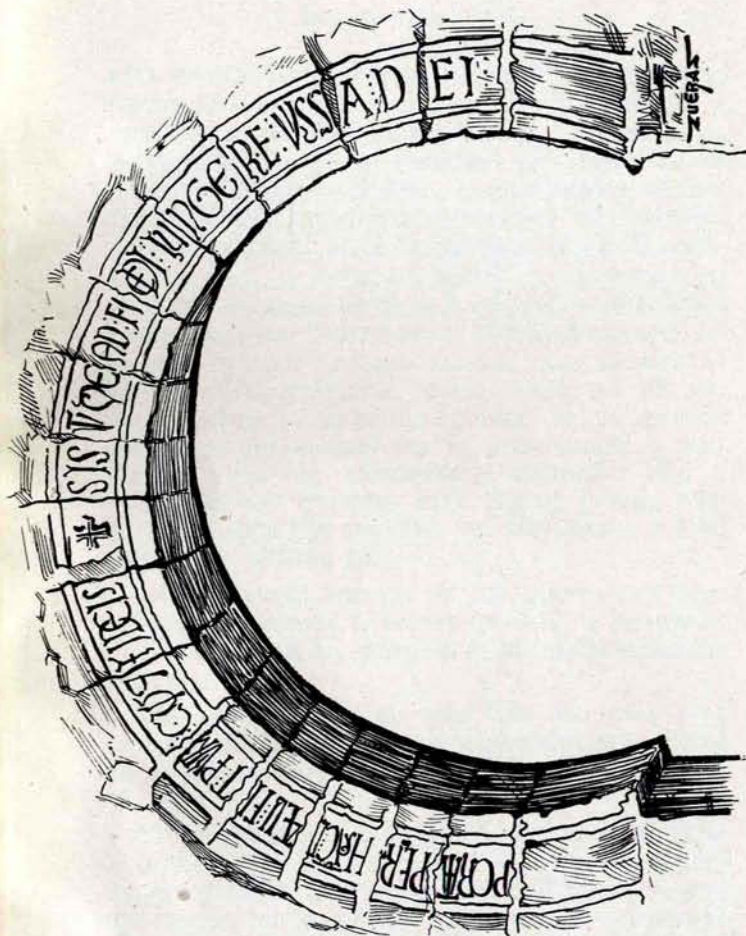
PORTA PER HANC COELI FIT PERVIA CUIQUE
FIDELI

SI STUDEAT FIDEI IUNGERE IUSSA DEI

Don Ricardo del Arco, a quien sigue Carlos Cid, transcribió así:

PORTA PER HANC COELI FIT PERVIA FIDELIS
SI STUDEAD FIDEI IUNGERE IUSSA DEI

La traducción que dan Del Arco y Cid es como sigue: «Por esta puerta entran los fieles en el cielo si se esfuerzan en unir a la fe los mandamientos de Dios». La inscripción, dice Del Arco,



Dístico inscripto en la archivolta de la puerta mozárabe que da entrada al claustro:
PORTA PER HANC COELI FIT PERVIA CUIQUE FIDELI SI STUDEAD FIDEI IUNGERE IUSSA DEI.
(La puerta del Cielo se hará accesible, a cualquier fiel, si se aplica en unir a la fe los Mandamientos de Dios.

está escrita en capitales romanas degeneradas. Carlos Cid dice, que es una mezcla de capitales y unciales cuadradas. Angel Canellas, catedrático de Paleografía de la Facultad de Letras de la Universidad de Zaragoza, a quien sigue Miguel Dolç, afirman que son simplemente tipos visigóticos españoles, como lo prueban el punto central de la c, la vocal de HANC, la interpunción múltiple en línea vertical y otras características especiales que corroboran indudablemente la opinión de los autores citados que consideramos la más acertada. Miguel Dolç, en un estudio sobre el debatido distico de la puerta mozárabe pinantense, da la trascripción y traducción que por considerarla definitiva doy a continuación: PORTA PER HANC COELI FIT PERVIA CUIQUE FIDELI- SI STUDEAD FIDEI IVNGERE IVSSA DEI.

La traducción exacta es: La puerta del cielo se hará accesible, a través de ésta, a cualquier fiel, si se aplica en unir a la fe los mandamientos de Dios.

Las inscripciones de este tipo son muy frecuentes en esta época; para corroborarla citaré la de Santa Cruz de la Serós y la de la Catedral de Jaca:

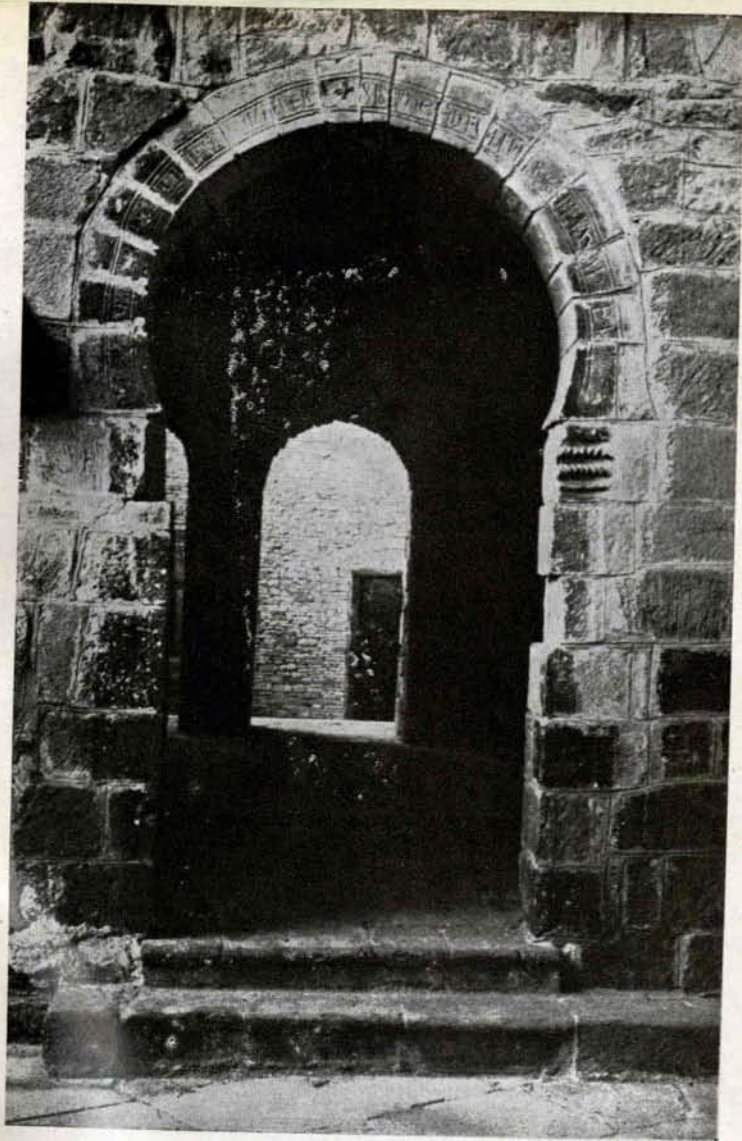
Ya traspuesta la puerta descrita ¡qué asombro y admiración nos causa este claustro románico único ejemplar por su aspecto y disposición, entre todos los claustros románicos del mundo! Con razón se ha podido decir que es lo que más emociona de todo el monasterio, digno por su

fantasía de ser recogido por el lápiz genial de Gustavo Doré.

Lo que más llama la atención son las cuatro galerías del claustro, no resguardadas por cubiertas de madera como en Ripoll o Santo Domingo de Silos, ni por bóvedas de cañón corrido como el claustro catedralicio de Gerona, ni por las bóvedas de arista del de la catedral de Tarragona, sino por la negruzca, imponente peña que, arrancando por un ala del claustro, corta atrevida los aires en su elevación gradual, hasta lanzarse más allá del ala opuesta, cobijando el recinto entero. Desde el corredor, los ojos de los monjes no podían elevarse al cielo sin tropezar con la imponente mole, que tan pronto parece proteger amorosa, como amenazar irritada al monasterio enclavado en su seno. Ante este gran capricho de la naturaleza, se eclipsan y empuenecen las obras del hombre, siquiera sean tan severas y artísticas de carácter y de tan remotas fechas, y sólo después de admirada la roqueña techumbre, pasan los ojos a ver las obras cinceladas por los artistas humanos.

Le cabe la gloria a Aragón de poseer dos monasterios benedictinos del siglo XII que, «son nobles por sus tradiciones augustas, por las sombras que vagan por sus desportillados muros, solitarios hoy como moradas sin dueño, el de San Juan de la Peña y el de San Pedro el Viejo».

Los arcos son de los tipos más variados, profundos, rodeados en archivolta por un elegante ajedrezado, los ábacos presentan zonas bordadas



Puerta mozárabe que da entrada al claustro desde la iglesia superior.

por follajes trenzados, grecas y dibujos geométricos. Los capiteles magníficos pertenecen a columnas pareadas y están asociados formando un solo cuerpo en el que destacan relieves diversos. Algunas columnas carecen de astrágalos y otras lo presentan de modo inicial. Los fustes son monolíticos, cilíndricos y lisos. Las fajas labradas a modo de tablero y los capiteles todos curiosamente esculpidos con relieves del Antiguo y Nuevo Testamento, con pájaros entrelazados con follaje, revelando originalidad y magnificencia: y ¡qué variedad de figuras aparecen en ellos! Sabido es que en estos relieves, con su origen y traza infantil, tenemos la mejor representación gráfica de toda la vida social, en lo grande y en lo sencillo, el vestido, las armas, el arnés o la coraza, los hábitos y los muebles.

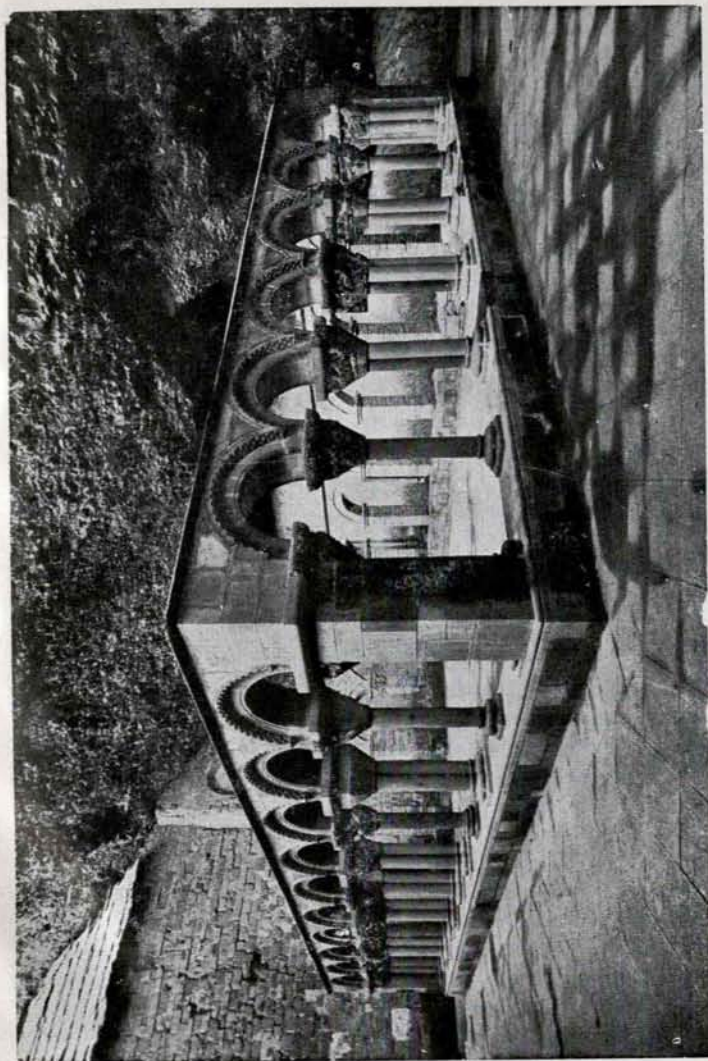
Se había afirmado por los eruditos que habían estudiado el románico aragonés, que las influencias francesas, que se habían manifestado o creían observar, eran de las escuelas de Moissac, de San Teótimo de Arlés y sobre todo de Toulouse, es decir, del Languedoc.

Hoy hay razón para creer que la influencia del papel que juega el Midi de Francia en nuestro arte románico ha sido muy exagerada y no fué precisamente allí donde apareció antes que en otros países. Es más, Porter llega a proclamar, que los monumentos que nos quedan, parecen demostrar que la escultura de piedra existía en Aragón antes que en el Languedoc. La pretensión tradicional de que Toulouse fuese

la cuna de la escultura románica es infundada, como también lo es que las esculturas de Aragón fuesen ejecutadas por artistas tolosanos o bajo la inspiración de Tolosa. Parece, pues, cierto que la escuela artística de Aragón tenía un carácter propio y era esencialmente local y autóctona: el sarcófago de Doña Sancha que se guarda en el convento de monjas benitas de Jaca, el timpano de San Pedro el Viejo de Huesca, las esculturas de San Juan de la Peña en su panteón de nobles y muchos otros más, así lo proclaman.

No hay, por tanto, razón para creer que la actividad artística de los estados cristianos del norte de España, a fines del siglo XI y principios del XII, haya sido escasa. Es, por desgracia, muy español el olímpico desprecio de lo nuestro. Los estudios de los últimos años han revelado el hecho de que por lo menos desde el siglo IX los estados del norte español, aunque con influencia musulmana, pero española, produjeron un arte dignísimo de respeto y de estudio, según dice Porters en su obra citada.

En el sector de la pintura, las miniaturas a los comentarios del Beato al Apocalipsis y otros diplomas realizados en los escritorios monacales, alcanzaron extraordinaria perfección en cuanto a imaginación creadora. Las iglesias mozárabes, como la cripta de nuestro monasterio pinatense, logran un nivel de perfección apenas igualado por la arquitectura del norte de Europa antes del siglo XII. La escultura de los claustros ara-



Claustro románico del siglo XII, tomada desde el lado Este.

goneses del siglo XII, suponen en la corte aragonesa una actividad artística de primer orden. Así lo demuestra, dice Porter, el que ya en 1063 el rey de Aragón Ramiro I ordenara que la nueva catedral de Jaca fuese abovedada, mientras que en las abadías contemporáneas de Saint Etienne y de la Trinidad de Caen, que han sido consideradas como avanzadas de la construcción abovedada, los arquitectos no se atrevieron a acometer este sistema de construcción en el siglo XI, y lo hicieron muy chapuceramamente en el XII. La perfección de las esculturas producidas en marfil en Aragón, en la última mitad del siglo XI, está atestiguada por las tapas magníficas del libro de la reina Doña Felicia, la madre del Batallador, hoy en el Museo Metropolitano de Nueva York, de fecha anterior a 1085. La delicada técnica de esta obra contrasta con el hecho de que en este tiempo el arte de esculpir en marfil parece que era desconocido en el Languedoc. Es también cierto que la pintura de miniatura floreció en Aragón alcanzando un nivel tan alto como el de las iluminaciones del Sur de Francia. El códice más bello que existe en el Sur de Francia del siglo XI, el Beato de San Server, está probablemente copiado de un original español. No conocemos desgraciadamente las maravillas que contendrían las tapas del libro de Doña Felicia, aunque podemos suponer que el libro sería digno de la encuadernación. Tampoco conocemos lo que había en los sesenta códices de la catedral de Jaca mencio-

nados en un catálogo de 1420. El famosísimo archivo, con nuestras continuas revueltas, ha sido despojado de sus magníficos códices. Igualmente, pues, puede proclamarse su linaje y el esplendor de su estilo ante estas piedras venerables del claustro del monasterio pinatense que revelan el arte singular y característico de la escultura románica de la Escuela de Aragón dentro de aquel largo y artístico itinerario de iglesias y monasterios recorrido por los peregrinos desde el Pirineo a Compostela.

Todo en el claustro proclama la fe, a través de los siglos, desde las venerables lápidas sepulcrales de monjes y dignidades del monasterio, presididas por la de Don Sancho, Obispo de Jaca, hasta las piedras afiligranadamente esculpidas en la capilla de San Victorián, de gusto refinado del gótico florido. ¡Piedras venerables y sencillas, como el pueblo que las erigió, estrechas, reducidas, como los límites de su patria, robustas como su fe, toscas como sus costumbres, graves y serenas como su carácter, parece que encierran todavía en sus muros silenciosos el genio melancólico de la Edad Media!

«Los monasterios de Silos, de San Juan de la Peña y de San Benito de Bagés, dice Serrano Fatigati, representan algo análogo en Castilla, Aragón y Cataluña, tanto por la venerable antigüedad de lo que en ellos queda, respecto de lo que resta en otros claustros cuanto por la importancia de su fundación.» Comparando algunas de sus líneas entre sí y con los demás claustros de



Lado Sur del claustro románico en su estado actual. Foto: Archivo



Otro detalle del claustro románico en cuyos capiteles puede observarse la decoración antronomata. Foto: E. Puertas



Tercer capitel.—Representa a Adán labrando la tierra con el clásico arado romano.



Cuarto capitel—con variados asuntos.—Aquí vemos la adoración de los Reyes.

la comarca se señalarán ante nuestra vista las influencias diversas que en ellos ejercieron su acción y los opuestos ideales artísticos que se acentuaban vigorosos dentro de una misma escuela.

La ornamentación de San Juan de la Peña contrasta con la de Silos, dentro de los límites en que hoy puede apreciarse en aquélla. Todo lo que allí se ve se refiere a escenas de la vida de Jesús, y otras santas imágenes. El Nacimiento del Salvador es una de las esculturas mejor conservadas.

A continuación describiremos los capiteles que hoy pueden admirarse en el claustro de nuestro cenobio.

Primer capitel. Sobre un solo fuste adosado al primer machón y mirando al lado del muro de la iglesia a cuya arquería corresponde. Representa al Padre Eterno creando a Adán y Eva. Adán aparece en tierra y Eva en pie recién salida de la costilla.

Segundo capitel. Sobre un fuste y también adosado al mismo machón que el anterior, si bien mira al murete que cierra el claustro por el lado que da al barranco a cuya arquería corresponde. Representa a Adán y Eva en el momento de su prevaricación incitados por la serpiente.

Tercer capitel. Sobre un fuste, Adán arando la tierra con dos bueyes y el clásico arado romano. Eva hilando, Caín y Abel ofreciendo respectivamente el cordero y el haz de trigo.

Cuarto capitel. Muy curioso. Sobre dos fustes. Representa variadísimos asuntos que se acumulan en él. En él podemos ver la Anunciación, la Visitación, el Tránsito, el Nacimiento de Jesús y la Adoración de los Reyes.

Quinto capitel. Sobre un fuste. Representa la Huida a Egipto de la Virgen María, San José y el Niño Divino.

Sexto capitel. Sobre dos fustes. Parece que representa la Persecución de Herodes.

Del séptimo al once, por lo deterioradas de sus figuras, no se pueden interpretar las escenas representadas.

Duodécimo capitel. Sobre dos fustes. Está adosado al segundo machón de frente al barranco y muy bien conservado. Representa la Pesca Milagrosa.

Décimotercero capitel. Adosado al mismo machón en el lado que da a la capilla de San Voto. Sobre dos fustes. Representa las Bodas de Caná.

Décimocuarto capitel. Sobre un fuste. Representa a Jesucristo perdonando a la mujer adúltera.

Décimoquinto capitel. Sobre dos fustes. Admiramos en él la Resurrección de Lázaro y la comida en la casa del Centurión con la Magdalena posternada a los pies del Maestro.

Décimosexto capitel. Sobre tres fustes. Podemos contemplar la entrada de Jesús en Jerusalén.

Décimoséptimo. Sobre dos fustes. Representa la Cena y el Lavatorio.



Décimotercero capitel.—Representa las Bodas de Caná.



Vigésimoprimer y vigésimosegundo capiteles.



Capiteles: Del vigésimo al vigésimocuarto. — Son los más antiguos, quizá de principios del siglo XII.

Décimooctavo capitel. Sobre un fuste. Parece representar el momento de la Conducción de Jesús al Pretorio.

Décimo noveno capitel. Sobre dos fustes. Está adosado al tercer machón. Parece ser una alegoría de los Evangelistas.

Vigésimo capitel. Adosado al tercer machón y en el lado que da a la fuente y a la roca. Sobre dos fustes. Parece representar la Ascensión del Señor.

Vigésimo primero y segundo, ya sin arcos ni coronados por la imposta. Son los únicos que quedan en esta ala. Solamente nos presentan flora y fauna monstruosa. Su factura es distinta de los anteriores y seguramente son más antiguos, quizá de principios del siglo XI.

Comparando los claustros de San Juan de la Peña y de San Pedro el Viejo, de Huesca, podemos reconocer comunidad de región y fechas aproximadas de edificación: podemos ver parentesco de ábacos y de otros motivos ornamentales; aunque en el de San Pedro se ven abundancia de motivos estrambóticos nacidos, quizá, del genio patrio en amalgama con los recuerdos de la batalla del Alcoraz, que decidió la caída de Huesca.

El claustro de San Juan es obra del primer tercio del siglo XII. Probablemente los hijos de Sancho Ramírez prosiguieron la obra que dejó emprendida su padre.

El abad Briz Martínez dice de esta parte del monasterio «es la obra más admirada porque la vuelta de la peña, dejándole tanta luz como si

el claustro estuviera descubierto al cielo, le sirve de un lienzo de pared colateral, y de una inmensa cubierta que pone horror levantar los ojos a ella. Y es cosa tan rara y prodigiosa que la está un hombre mirando y apenas la puede creer; porque con sus muchas piedras mal seguras parece que todo amenaza caída y no se termina la vista por lo mucho que se va remontando la vertiente de la gran cueva».

«Este claustro es tan largo y ancho como los muy grandes y bien proporcionados que se alaban en las ciudades muy populosas».

X

CAPILLAS DE SAN VICTORIAN Y DE SAN VOTO Y DE SAN FELIX

Formando ángulo con la parte del claustro que da al ábside de la iglesia, llama poderosamente la atención una portada de capilla afiligranadísima del estilo gótico flamígero más depurado. Es la capilla de San Victorián, que fué edificada por el abad Don Juan Marqués el año 1426 y que no fué terminada hasta el día cinco de noviembre de 1433. Esta capilla fué destinada a enterramiento de los abades siendo el primer supultado su constructor. El motivo de esta edificación fué considerar que no había en el monasterio enterramiento digno de la dignidad mitrada.



Portada de la capilla de San Victorián en el claustro.

Foto: E. Puertos

La portada está formada por cinco archivoltas ricamente festoneadas con piñas, hojas, florones, bellotas, caracoles y muchos otros motivos delicadamente combinados. La primera archivolta va lobulada y la quinta remata en arco conopial remontado por una corona real. A los lados hay dos pequeñas claraboyas que dan luz al interior y colateralmente aparecen las insignias abaciales, o sea, la mitra y el báculo, el abad pinatense era mitrado, finisimamente esculpidas y a continuación otras dos claraboyas. La portada va encerrada entre dos preciosos pináculos que arrancan desde el basamento. A la derecha del observador puede admirarse otra claraboya y otra vez la mitra y el báculo pinatenses que van esculpidos en un sillar empotrado en el muro.

A la magnificencia de esta portada gótica corresponde el interior de la capilla. La bóveda va cruzada por nervios esculpidos delicadamente, repitiéndose continuamente los motivos ornamentales, báculos combinados con animales, leones, lobos, conejos, hojas y ángeles de afiligranada escultura. En la clave de la bóveda aparece tallada una vez más con la mitra y el báculo abaciales en tamaño mayor que los anteriores entre hojas delicadas.

En el interior aparecen por doquier, pomas, hojas de acauto, etc., formando un conjunto, no recargado, modelo de la escultura de la primera mitad del siglo XV. A ambos lados del altar hay lindas credencias practicadas en el muro.

El muro de la izquierda que corresponde a la iglesia está adornado con algunos restos de pintura y pueden verse fragmentos de la inscripción que nos decía quién edificó la capilla estudiada.

En el muro de enfrente podemos contemplar un magnífico sepulcro en arcosolio gótico soberbiamente exornado, en forma idéntica a la portada descrita. Los nervios del arcosolio apean en lindos angelillos. Debajo, ménsulas delicadamente esculpidas de hojas, que debían sustentar estatuitas, protegidas por bonitos doseletes.

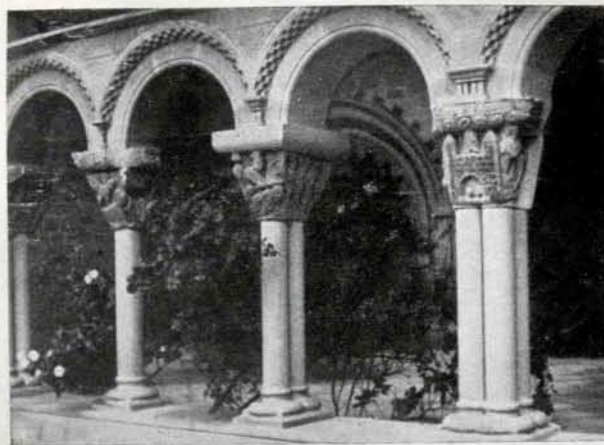
La archivolta exterior de arranque de fauna, se eleva en el centro en forma conopial, sustentando la mitra y el báculo.

No hay en el sepulcro estatua yacente y sobre él podemos ver un escudo de armas.

Briz Martínez dice del abad Marqués: «Que fué larga su vida y también lo es la memoria que dejó de sus virtudes y mejoras que dejó en esta Real casa».

Contrasta, no sólo con el claustro, sino con esta capilla de San Victorián, la dedicada a San Voto y San Félix, los primitivos anacoretas de la piadosa leyenda pinatense. Su portada es de gusto neoclásico y nos muestra en lugar destacado las armas del abad Briz Martínez a cuyas expensas fué construída en 1631.

El cronista Uztarroz, en la relación de sus viajes, nos dice: «Al abad Briz Martínez, estando rezando en el claustro, le cayeron en el hombro dos pedazos de peñasco que pesaba el



Un detalle del claustro.



Capilla de San Voto.

uno 19 libras y el otro 10 y no le hizo daño y por este milagro hizo labrar en donde sucedió; pintando en ella a San Juan de Atarés y a San Voto y San Félix que entran en la cueva». A un lado del cuadro dice: «Expensis et devotione D. Joannes Briz Martínez hujus almi caenobii dignissimi abbatis, Joannes Perez Galban Luesia oriundus Caesaraugustae J. 1631».

Este Galban fué un notable artista que había estudiado en Roma y que fué pintor del consistorio. De la calidad de su pincel nos habla el cuadro de Santa Justa y Rufina de la Seo de Zaragoza. El cuadro de la capilla de San Voto aparece firmado por el autor.

El abad Briz Martínez realizó otras obras en el monasterio, como la torre, cuyos cimientos podemos ver todavía delante de la puerta de entrada al monasterio, así como, según afirma Latassa, de otra capilla dedicada a la Inmaculada. Este autor nos dice que está sepultado en la iglesia primitiva. Su sepulcro tiene una inscripción, hoy casi ilegible, y a su lado fué sepultado su hermano D. Pedro.

XI

SAN JUAN DE LA PEÑA MONUMENTO EPIGRAFICO MEDIEVAL

Así como en el arte arquitectónico mozárabe y románico y aun en el gótico florido, podemos

considerar al cenobio pinatense como un verdadero joyel donde los amantes de estos tipos arquitectónicos tienen numerosas ocasiones de extasiarse, en el campo de la epigrafía, los aficionados a esta ciencia tienen múltiples motivos de estudio y de deleite.

Estudiada ya la inscripción de la puerta mozárabe que da paso al claustro desde la iglesia principal, cuya transcripción y traducción precisas he dado al tratar del claustro, a continuación daré la lectura de las demás inscripciones en el monasterio existentes, así como el sitio donde están emplazadas.

Al empezar la escalera que desde la llamada Sala del Concilio da acceso al panteón de nobles había una inscripción que nos legó transcrita el capuchino P. Ramón de Huesca en el volumen VIII de su «Teatro Histórico de las Iglesias del Reino de Aragón», y que decía:

«DOMPNUS PETRUS DE SETZERA ABBAS ISTIUS LOCI FECIT FIERI HANC SCHALAM LAPIDEAM ERA MCCXXXIX ET TU QUCUMQUE FIDELIS QUI ASCENDIS ET DESCENDIS PER HANC SCHALAM ORA PRO IPSO ET DIC DEVOTE PATER NOSTER ET AVE MARIA CUM REQUIEM ETERNAM». Es del año 1201.

Ya en el panteón de nobles podemos leer los siguientes epitafios:

«1 OBIIT SANCIA DE LETIM...

2 HIC REQUIESCUNT FAMULI DEI SENIO-

RES AZNAR FERTUNIONIS, ET UXOR SUA ENDREGOTO DE ATARES.

3 XVII KALENDAS DECEMBRIS OBIIT TOTTA LUPI DE LARRAYA, SOROR DOMINI LUPI ABBATIS CENOBII ISTIUS ERA MCCCLXIII (1325).

4 HIC REQUIESCIT PETRUS EXIMINI DE MARCUELLO. ERA MCCXXXVI (1208).

5 VI IDUS. OCTOBRIS OBIIT SANCIVS DE STADA MILES(LAUS TIBI SIT CRISTE QUIA VIXIT TER ISTE QUOT LAUDARI MERUIT, CELISQUE LOCARI. ERA MCCC VIGESIMA PRIMA (1283).

6 PRIDIE IDUS OCTOBRIS OBIIT ORIA DE ARAGON. Era MCCLXXXII (1244).

7 X KALENDAS OCTOBRIS OBIIT BERNARDUS DE BIZCARRA MILES, ET PETRUS DE VRRIES MILES. MCCCXVI. ANIMA EJUS SIT IN PACE (1278).

8 FORTUNIO BLAZQUIONIS ET UXOR SUA. Era TCXX (1082).

9 HIC REQUIESCIT FAMULUS DEI SENIOR LOPE GARCEZ QUI OBIIT IN ERA MILESIMA CENTESIMA VIGESIMA NONA PRIDIE KALENDAS APRILIS. ANIMA EJUS REQUIESCAT IN PACE. AMEN (1091).

10 VIII KALENDAS MARTII OBIIT LUPUS ABBAS DE BAILO. Era MCCLXIII (1226).

11 HIC REQUIESCIT FAMULUS DEI SENIOR FORTUNIO ENNECONIA PRINCIPIIS SERENI-

SIMI DOMINI REGIS SANCII FIDELISSIMI QUI
OBIIT IN ERA MCXXVII DIE VERO KALEN-
DAS JANUARI. QUISQUIS HEC LEGERIS PII
MEMORARE DE EIS (1089).

Sobre el sepulcro de los Abarcas, en el que
hay una inscripción que nos dice que eran los
de la Garcipollera, hay una inscripción epitafio
en una lápida que dice:

12 ANNIS SI MILLE TRECENTIS JUNGITUR
UNUS SCHIRE LUPI FERRENCH POTERIS
PLORABILE FUNUS: EXIIT A MUNDO SEP-
TEMBRIS SOLE SECUNDO QUO LACRIMAS
FUNDO, CUJUS NECE PECTORA TUNDO CXC
(1301).

13 Está situado este epitafio en la línea su-
perior del anterior y dice: HOC IN SEPULCRO
REQUIESCUNT VENERANDA OSSA SENIORIS
SEMENIM. Era MCLXI (1123).

14 Debajo del anterior, y en la misma lápida,
se lee: SANZ DE ASO SENIOR QUI INTEREMP-
TUS EST A MOHABITIS IN RELGIT. Era MCLXI
(1123).

15 HIC REQUIESCIT DOMPNUS FERDINAN-
DUS PETRI... EJUS ANIMA SIT...

16 HIC REQUIESCIT DOMPNUS GARSIAS
DEL MAL...

Como se infiere de la lectura de las inscrip-
ciones transcriptas, si exceptuamos la primera
que no es sepulcral sino que solamente nos re-
cuerda que el abad D. Pedro de Setzera mandó

construir la escalera de piedra que antiguamen-
te conducía al columbario en el año 1201 y rue-
ga a los fieles que por ella suban y bajen el rezo
de un Padre Nuestro y un Ave María en su-
fragio de dicho abad, y la que se refiere a Don
Lope, abad de Bailo del año 1226, las demás son
de nobles seculares. Aznar Fortuñones, Pedro
Eximino de Marcuello (1208), Sancho de Esta-
da (1283), Bernardo de Bizcarra y Pedro de
Urriés guerreros (1278), Fortuño Blasco (1082),
Lope Garcés (1091), Fortuño Enecones, fiel va-
sallo del rey Sancho Ramírez, a cuya muerte
se anticipó (1089). Es muy bella y patética por
su redacción la de Lope Ferrench (1301), Ji-
meno guerrero (1123), Sancho de Aso senior
muerto por los moros en Belchite (1123), Fer-
nando Pérez y García de Malo. Además de es-
tos hombres hay cinco mujeres, Sancha de Le-
tín, Eudregoto de Atarés, esposa de Aznar For-
tuñones, Toda López de Larraya, hermana del
abad D. Lope, Oria de Aragón, Eximina, mujer
de Fortuño Blasco.

Podemos afirmar que las lápidas del siglo XII
fueron trasladadas a este panteón con poste-
rioridad, y que antes estuvieron enterrados en
el atrio de la iglesia primitiva, o sea en la lla-
mada sala del Concilio.

En tierra hay una lápida ya que el célebre con-
de de Aranda, D. Pedro Pablo Abarca de Bolea
y Ximénez de Urrea, ministro de Carlos III, na-
tural de Siétamo, en atención a haber en este
panteón un sepulcro con lápida y blasón de

su familia, se mandó sepultar en él, y cumpliendo sus deseos sus restos fueron colocados en el pavimento en el rincón junto a las gradas que dan acceso a la iglesia principal, y aquí estuvieron hasta que el 3 de junio de 1869, se levantó en el monasterio un acta de exhumación de sus restos para ser trasladados el 15 del mismo mes al panteón de Hombres Ilustres con toda solemnidad. Por cierto que primeramente fueron confundidos los restos del conde con los de un monje, hasta que fué deshecho el error y reservadamente fueron llevados los restos del conde a Huesca para que nadie se enterara.

Queda en su sitio la lápida que dice:

D. O. M.

AQUI REPOSAN LOS RESTOS MORTALES
DEL EXCMO. SR. D. PEDRO PABLO ABARCA
DE BOLEA.

CONDE DE ARANDA, GRANDE DE ESPAÑA
CAPITAN GENERAL DE LOS EJERCITOS
Y PRESIDENTE DEL SUPREMO CONSEJO DE
CASTILLA

ILUSTRADO PROMOTOR DE TODAS LAS RE-
FORMAS UTILES

HABIL POLITICO, FIEL CONSEJERO DE LA
CORONA

Y SU DIGNO REPRESENTANTE EN LISBOA,
PARIS Y

VARSOVIA, SE MOSTRO DIGNO DE LA CON-
FIANZA DE

CARLOS III CONTRIBUYENDO PODEROSA-
MENTE

AL ESPLENDOR DE SU FIEL REINADO.
CON LA TRANQUILIDAD Y LA FE DEL CRIS-
TIANO Y LA
RESIGNACION DEL SABIO, FALLECIO EN
EPILA

EL 9 DE ENERO DE 1798

LA POSTERIDAD HONRA SUS MEMORIAS
LA PATRIA LE LLORA LE BENDICE AGRA-
DECIDA

HIZO ESTA LAPIDA EN EL AÑO 1855 SU SU-
CESOR EL ILMO. SR. CONDE DE ARANDA DON
JOSE RAFAEL FADRIQUE FERNANDEZ, DU-
QUE DE ESTE TITULO.

Encima de la puerta de entrada del panteón
real podemos leer:

LOS AUGUSTOS LIBERTADORES DE LA
PATRIA Y LOS DEFENSORES DE LA VERDA-
DERA RELIGION DE LA ESPAÑA CITERIOR
SE GUARDAN CON VENERACION EN ESTE
NOBLE MONUMENTO.

En las paredes del claustro podemos leer nu-
merosos epitafios, entre los que destaca la lá-
pida funeral quizá más antigua de Aragón, que
reza:

X° KALENDAS DECEMBRIS: OBIIT: SAN-
CIUS: EPISCOPUS: IACENSIS: ANIMA: EJUS:
SIT: IN: PACE: ERA: M: XX: I: (983).

A no dudar esta lápida fué trasladada de otro
lugar del cenobio a este claustro del siglo XII.

Las demás inscripciones del claustro son:

1 VII: ID: AGUSTI: OBIIT: DOMPNUS JACO-
BUS: ERA M:CCC:L:III: (1316).

2 IDUS: SEPTEMBRIS: OBIIT: SANCIUS: DE: MERCUELLO: E:M:CCC:LXXXVI (1348).

3 VIII KALJULII: OBIIT: MICAEL: DE XA-
VIERE: DIACHONUS: ET: HELEMOINARIUS:
MAYOR: E:M:CCC:XIII: ANIMA: EJUS: SIT
IN: PACE: (1227).

4 HIC: REQUIESCIT: JOHANNES: DE BIES-
CAS: SACRISTA: ISTIUS: LOCI:

5 NONIS: DECEMBRIS: OBIIT: JOHANNES:
DE BOTAJOLA CLAVIGER MAYOR E:M:CC:
VII: (1169).

6 XVI: KAL: JULII: OB: ACENARIUS:
PRIOR: E:M:CC:LII: (1214).

7 VII: KAL: DECEMBRIS: OBIIT: BARTHO-
LOMEUS: SANCI: SACRISTA: ANNO: DNI: M:
CCC: LXX (1370).

8 IDUS NOVEMBRIS OBIIT PETRUS EXI DE
RUESTA PRIOR FONTIS FRIGIDI:

ANNO: NATIVITAT: DNI: MCCCCV (1405).

9 VI KAL IULII OBIIT GARCIA LUPI DE
BIZCARRA ERA MCCCXXIII (1286).

10 VIII IDUS APRILIS OBIIT EGIDIUS
PRIOR MAJOR ERA MCCCVI (1268).

11 XV KAL NOVENBS OBIIT PRIOR BIBIAN-
NUS ERA MCCLXVI (1228).

12 KAL APRITIS OBIIT EGIDIUS DE URBAN
ERA MCCLIII (1216).

13 IV NONAS OCTOBS OBIIT DOMINICUS
DE ARTOXONA ERA MCCCVIII (1270).

14 NONIS DECEMBRST OBII JNS DE BAYLO
CLAVIGER MAJOR ERA MCCCVII (1269).

15 VI NONAS JULII OBIIT JNS GARSIA DE
ARIZOLA PRIOR MAJOR ERA MCCCXXXIX
(1301).

16 Secundo KAL MADII OBIIT JORDANUS
EXIMINI DE NOGARA CLAVIGER MAJOR AN-
MO MCCCC (1400).

17 VI IDUS DECEMBRS OBIIT ARNALDUS
HELEMOINARIUS ERA MCCLXXXVI (1248).

18 XVI KAL APRILIS OBIIT JUSTUS HELE-
MOINARIUS ERA MCCCXXXVI (1248).

19 XIII KAL SEPTEMBRIS OBIIT DOMINI-
CUS DE VALLE PRIOR DE CIELLA QUI HABET
DUO ANIVERSARIA ERA MCCCLXVIII (1330).

Casi todas las inscripciones pertenecen al si-
glo XIII, a excepción de la núm. 6, que es del
XIII, y la 9 y la 17, que son del XV.

En el muro de la izquierda de la capilla de
San Victorián pueden leerse restos de una ins-
cripción del siglo XV, que nos da transcrita La-
tassa en sus memorias literarias de Aragón, que
decía:

DOMINUS JOANNES MARQUESIUS QUI FUIT
MONACHUS ET SACHRISTA MONASTERII
SANCTI VICTORIANI DEMUN PRIOR SANC-
TI PETRI DE TABERNAS, SUJECI DICTO
MONASTERIO FUIT PROMOTUS IN ABBATE
HUJUS CENOBII PANISCOLA 15 DIE DECEM-
BRIS ANNO A NATIVITATE DOMINI 1412 PER
DOMINUM BENEDICTUM PAPAM XIII: FECIT

EDIFICARI HANC CAPELLAM SANCTI VICTORIANI ABBATIS ET PER PREDICTUM DOMINUM JOANNEM ABBATEM PRIMO LAPIDE POSITO IN FUNDAMENTO: INCHOATA 22 DIE JULII ANNO A NATIVITATE DOMINI (1426).

FUIT EXPLETA 5 MENSIS NOVEMBRIS ANNO 1433.

En el muro del Evangelio de esta capilla se puede leer:

1 HIC: REQUIESCIT: SERVUS: DEI: ABBAS: AQUILINUS: QUI: OBIIT: IN. ERA: MCXIII ANIMA: EIUS: REQUIESCAT: IN: PACE: AMEN (1075).

Este abad gozó de la amistad de Sancho Ramírez, que lo envió a Roma como su embajador.

2 HIC: REQUIESCIT: SANCIUS: ABBAS: ISTIUS: LOCI: QUI: OBIIT: IN: ERA: MCXXII (1085).

3 OBIIT: DOMPNUS: IOANNES: ABBAS: ISTIUS: LOCI: ERA: MCCCXI (1273).

4 PRIDIE: IDUS: SEPTEMBRIS: OBIIT: DOMINICUS: ABBAS: DORVEN MONACHUS IN OBITU ERA MCCCXLIII (1306).

5 HIC: REQUIESCIT: DOMINUS: FRANCISCUS: DE: RASETO: ABBAS: ISTIUS: CENOBII: QUI: CONS: EDIFICIUM: ET: PALACIUM: DE:... ET: OBIIT: ULTIMUM: DIEM: ANNO: A: NATIVITATE: DOMINI: M:CCC:XCI (1394).

6 HOC IN SARCHOPHAGO: POSANT: MEA: OSSA: TEGIT: HIC: REQUIES = CIT SANTIUS

MARTINEZ ABBAS ISTIUS CENOBII QUI OBIIT V IDUS = OCTOBRIS.

7 ...MART... IUS CENOBII QUI... E. I CV (1067).

Las inscripciones 1, 2 y 7 son del siglo XI. La 6 del XII, la 3 del XIII, la 4 y la 5 del XIV; todas estas lápidas han estado siempre en este muro, que ya estaba edificado antes de ser colocada la más antigua.

XII

SAN JUAN DE LA PEÑA EN EL ARTE ESPAÑOL

Sorprende al visitante hallar en un paraje tan apartado un monumento de perfección tan sorprendente, un corte de piedras tan estudiado y bien calculado para las fuerzas y resistencias, un aparejo de sillería tan bien combinado. De todos son conocidas las influencias que sufrió el arte románico español, bizantinas, borgoñonas y lombardas, así como las mahometanas. Tanto en Aragón como en Cataluña abundan muy poco los monumentos de influencia bizantina. Podemos afirmar que el único ejemplar conocido es la iglesia primitiva del monasterio viejo y la puerta que da acceso al claustro desde la iglesia principal. Echase más de ver en el románico aragonés el influjo clásico, como podemos apreciar en la iglesia de San-

tiago de Agüero, en la del Castillo de Loarre y en San Juan de la Peña. Lampérez dice con acierto, que «el románico aragonés responde a la historia del reino, y así, en su primera época, son sus características la sobriedad y la rudeza que comprueba la vida robusta, aunque ruda, del Aragón anterior al enlace de Doña Petronila. En nuestro monasterio de San Juan de la Peña el acomodamiento al lugar de erección, esto es, el emplazamiento, impuso restricciones a influencias sobre todo de planta y distribución, marcadas en otros monasterios benedictinos españoles. Ya hemos visto que la planta no es la de Saint Gall. Aquí hay un departamento originalísimo: El Panteón de Nobles, que no aparece acaso en ningún cenobio románico español. Sobre un monasterio primitivo del siglo X a medida que iba adquiriendo importancia por el favor y las mercedes reales se edifica otro a fines del XI. Su claustro es un caso único de estructura, por su bóveda natural, que no tiene ningún otro. La planta de la iglesia es cluniacense, pero alterada y restringida. Hay tres ábsides circulares sin la orientación litúrgica».

A pesar de lo solitario del lugar de emplazamiento, no hay en San Juan de la Peña el grado de rudeza, que se observa en los edificios románicos de la zona pirenaica de la provincia, como en la comarca de Benasque, por ejemplo. Hay robustez, pero hay perfección; lo que se explica por la importancia del cenobio pinatense,

ya que la protección real llevaría a San Juan a muy diestros alarifes. En lo que resta no se observan las influencias lombardas que penetraron por Navarra.

«San Juan de la Peña es, pues, un ejemplar raro y precioso», como dice R. del Arco, «del arte románico primario y secundario, con manifestaciones especiales. Tiene elementos bizantinos, un panteón de nobles de tradición romano cristiano rarísimo y notable; un claustro de bóveda sin rival, panteón real sin igual en ningún monumento español por su disposición. Es un museo epigráfico de primera fuerza de los siglos X al XV: aquí está la inscripción medieval más antigua de Aragón». Todo esto contribuye a que San Juan de la Peña tenga para la historia del arte español singularísima importancia. Si hablamos de la historia, su realce es mayor si cabe, como afirma Quadrado poéticamente, «es fuerza confesar que en las montañas de San Juan hay algo que atenúa las impresiones del alma, y que se eleva sobre sus grandiosos recuerdos. La más imponente bóveda bizantina se desvirtuaría junto a la gigantesca curva de las rocas suspendidas; la más esbelta columnata gótica, cedería la prez a los vastos bosques de pinos y abetos, que, ora enderezan su copa cual altos botareles, ora la inclinan unos sobre otros formando airoso arcos; la fantasía misma encadenada con dificultad a las lápidas para adivinar una gastada letra, vuelve, a menudo, indócil por el libre horizonte; y los héroes de lo

pasado no desfilan ante ella sino cual vaporosas y colosales sombras dignas de la decoración, que se desvanecen al aplicarles el escalpelo del crítico o el lente del erudito.

El goce sofoca allí el estudio, las impresiones borran casi la memoria, y de los elementos de vigor, independencia y elevación que caracterizan aquella naturaleza, se forma cada cual una epopeya magnífica e indefinible, comprendiendo, sin necesidad de la historia, que aquél es el sitio destinado a inspirar grandes empresas o grandes contemplaciones, el escalón para lanzarse sobre la tierra como conquistador o elevarse a Dios cual anacoreta».

XIII

EL SANTO GRIAL

Pero además San Juan de la Peña fué el Mont Salvato de los poemas nórdicos, germanos y provenzales y verosímilmente el santuario del Santo Grial. De sobras es conocida la historia de este Santo Grial, que hoy guarda la catedral de Valencia con venerada unción y como su mejor tesoro: El Cáliz sagrado en el que es fama consagró Jesucristo en la noche de la Sagrada Cena y de su Pasión. San Juan de la Peña lo guardó durante más de seiscientos años. Para salvarlo de la persecución de los primitivos tiempos de la Iglesia, San Sixto, uno de los pri-

meros Papas, según refiere la tradición, lo entregó a su diácono San Lorenzo, el ilustre hijo de Huesca, quien lo envió a su patria y aquí estuvo hasta la invasión sarracena, en que por el Obispo oscense fué llevado a las montañas con otras reliquias que tras pasar por Sasave, San Pedro de Siresa y Bailo, fueron depositadas en San Juan de la Peña. El Santo Cáliz es de ágata y en él celebraban los abades del monasterio. Por intercesión del Papa aragonés Benedicto XIII, más conocido por el Papa Luna, pasó a manos de Martín el Humano, su gran amigo, a quien le fué entregado por el abad D. Juan Marqués, para la capilla de su palacio de la Aljafería de Zaragoza. Por último, el gobernador general de los reinos de Aragón, D. Juan, hermano del rey Magnánimo Alfonso V, y más tarde su sucesor en la corona de Aragón, gran favorecedor de Valencia, lo donó a su Catedral, donde hoy se venera. A cambio de esto, el rey dió a San Juan de la Peña otro de oro, esmalte y piedras preciosas.

Mayor si cabe que en el campo de la historia es todavía la importancia de este inapreciable tesoro en el de la leyenda y de la literatura. En Francia y en Alemania tenemos todo un ciclo épico heroico relativo al Santo Grial a cuya custodia se consagró el caballero Parsifal y luego su hijo el Caballero del Cisne, Lohengrin.

Estas aventuras se cuentan en los poemas de Cristian de Troyes y de Roberto Bocón.

En Alemania, el Caballero sin fortuna Wol-

frang de Eschenbach ideó el ciclo místico, creación exclusivamente alemana, aprovechando tradiciones provenzales. Esta leyenda es del Santo Grial o Cáliz del Señor: Quien le contempla con ojos de pureza no puede morir en una semana. Un caballero llamado Perilo de Capadocia —¿el caballero que de orden de San Lorenzo condujo el Santo Cáliz a Huesca, y el Obispo de ésta a San Juan de la Peña?— condujo el Grial al castillo de Monsalvato —¿San Juan de la Peña?—. Los descendientes de Perilo —¿los monjes de San Juan de la Peña?— se encargaron de conservar allí la copa guardada cual reliquia del Señor, como dice Lohengrin en la ópera de Wagner; Anfortas, hijo de Titurel y tío de Parsifal, cometió una vez impureza y al contemplar la copa se sintió herido. El caballero Parsifal, educado en la soledad e ignorante de todo, se une con unos cortesanos, y por su candidez y nobleza, se hace muy estimado en la corte del rey Artur: llega a Monsalvato, ve el Grial y a Anfortas herido, realiza varias hazañas caballerescas, y a consecuencia de lo que le dice la bruja Kundrie, anda errante cinco años, sumido en la misantropía, odiando todo. Un ermitaño le aconseja el amor y la caridad, y movido por estos nobles impulsos vuelve a la corte de Artur y es nombrado rey del Graal, pónese a la cabeza de sus caballeros y trasladan el Graal a Oriente, donde no se le volverá a ver hasta el día del Juicio.

Hay que observar, que al convertirla Wagner

en drama musical, en su Parsifal, pone el lugar de la acción en el dominio y castillo de los guardianes del Graal en Monsalvato; el aspecto de la comarca es el de las montañas septentrionales de la España gótica: el castillo encantado de Klingsor en la vertiente meridional de las mismas montañas, figurando estar situado de frente a la España árabe. La situación, la topografía que deseó Wagner, se apreciará que corresponde a San Juan de la Peña.

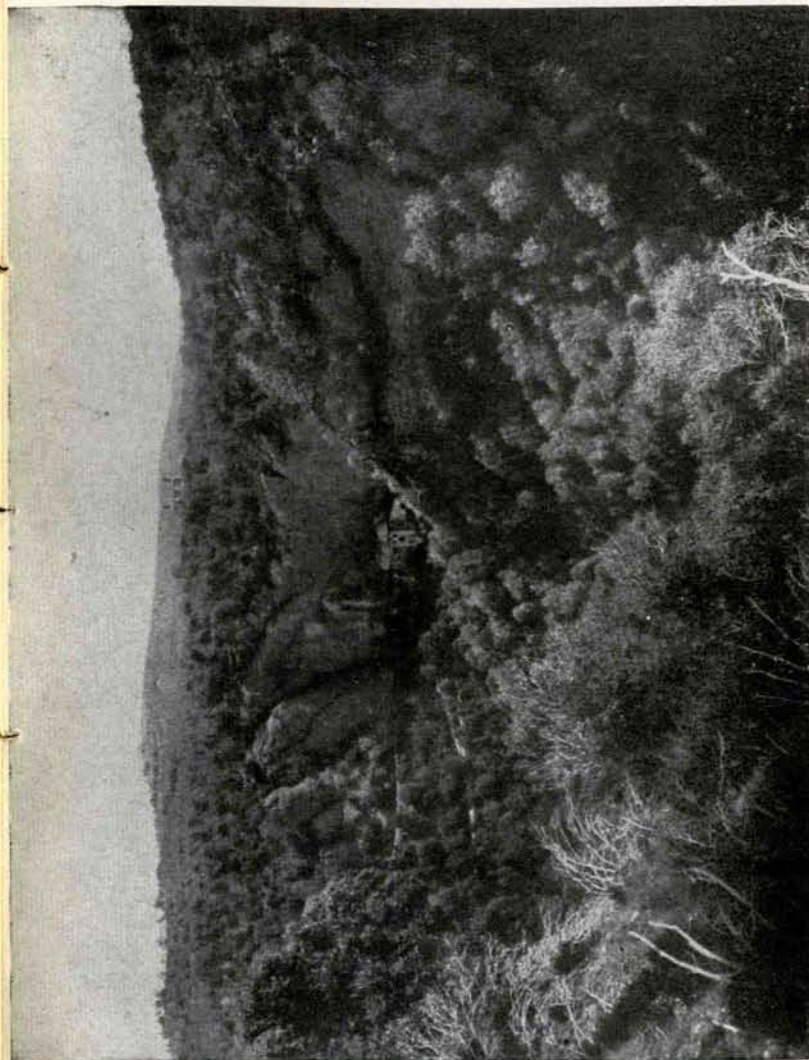
En el acto primero aparece un bosque umbroso y triste, pero no oscuro. Terreno rocoso, un claro en el centro. A la izquierda, el camino que conduce al Castillo del Graal, la senda que conduce a la planicie alta, en donde estuvo la fortaleza de Pano. En la parte central del fondo el terreno se ahonda, formando un lago. En el tercer acto aparece el dominio del Graal, hermosa comarca. Una vega florida que se eleva suavemente en el fondo. El lindero del bosque ocupa la parte delantera; por el lado del bosque una fuente; enfrente de ésta, pero algo más baja, una cabaña de ermitaño recortada en una roca, ¿la Peña y el pequeño monasterio primitivo?

Como se ve, hay muchas y curiosas coincidencias entre San Juan de la Peña y la descripción wagneriana.

El monasterio de Montserrat y alguno provenzal quieren ser también el fantástico Montsalvat del poema y del drama wagneriano, pero teniendo en cuenta la custodia y permanencia

del Santo Cáliz, el Santo Graal, en nuestro Monasterio pinatense desde tiempos antiquísimos; la ancianidad del cenobio y la fama de que gozó, suponiéndole depositario de todas las tradiciones más venerables pirenaicas, no es disparatado ni mucho menos sospechar, siempre como una conjetura, que de San Juan de la Peña partió la idea mística del poema del Graal, a favor del movimiento de los Cruzados que todos los historiadores de la literatura señalan como uno de los generadores de este ciclo místico caballeresco, de las nuevas Ordenes religiosas, que sería llevado a Provenza, hay razones muy explicables de relación con el monasterio pinatense, mediante reyes y otras abadías, y de allí, como sostiene Heinrich, a Alemania, a favor del ardiente espiritualismo de aquel pueblo, de su lirismo trovaderesco popular, idea sublimada por Wolfrang de Eschenbach en su *Parzifal*.

Tal es la que Menéndez y Pelayo calificó como la más grandiosa epopeya del cristianismo y que fué convertida por el genio portentoso de Wagner en drama musical de una grandeza sublime. Así, San Juan de la Peña, nos lleva de la rusticidad más dura, un cubil entre rocas, breñas y malezas, a las más exquisitas esencias de la espiritualidad humana, conviviendo en aquella oquedad de la roca medrosa y preclara al mismo tiempo que parece hecha para albergar alimañas o santos, es decir, hechuras de las tinieblas, o favoritos esclarecidos de la penitencia. De



Vista del monte y de los monasterios de San Juan de la Peña, tomada desde San Vito.

la negra boca no se sabe qué va a salir, si el dragón hambriento de carne, la fiera, o el caballero del cisne Lohengrin, sediento de santo y puro amor. A veces se nos antoja que vamos a oír, bajo la techumbre roquiza, roncar febril al monstruo, y a veces que Wagner va a desgranar en lontananza las místicas y patéticas notas de su Parsifal.

XIV

SAN JUAN DE LA PEÑA ES PARA EL VISITANTE UNA LECCION Y UNA ESPERANZA

Muchos rincones de este maravilloso Alto Aragón invitan a meditar las causas, los móviles que indujeron a agruparse en ellos a los primitivos pobladores: Ansó, Uruel, Loarre, Obarra, San Victorián, Ainsa..., ¿qué secreto instinto, qué desconocido afán les llevó a buscarse, a comunicarse, a fundar pueblos, santuarios o fortalezas en tan escondidas quebraduras o sobre cimas tan inaccesibles? Pero San Juan de la Peña es todavía más agreste y solitario, porque ni ahí, ni en mucho terreno a la redonda hay una aldea ni un apreciable caserío desperdigado y hasta hace muy pocos años no había ni un camino que mereciera tal nombre y sin embargo allí hubo primero un santo del yermo y luego cuatro o cinco, y a poco un cenobio y más tarde

bélicas asambleas y concilios santos, y hasta allí iban triunfantes los reyes, cuando vivos volvían de sus luchas y algaras contra el Islam, y luego allí les llevaban muertos para que aquellas moles pétreas y aquel silencio y quietud presidieran su tumba y aquel santuario irradiaba siempre heroísmo, cultura, fe, sin que en torno al núcleo glorioso, para bastardearlo o profanarlo, se formase ciudad alguna como en el Escorial, en España o Saint Denis en Francia. Sólo estuvo siempre San Juan de la Peña: mientras subsistió: Hoy, que está abandonado, sólo sigue. El guarda que guía a los visitantes acompañándoles sabe de soledades como un pastor de un rebaño en las cumbres pirenaicas y como un torrero de faro entre el oleaje de la alta mar.

Hoy, Aragón, Huesca sobre todo, tras el olvido vuelve pausadamente la mirada a su más venerable relicario. La carretera desde Bernués terminada; la que conducirá a Santa Cruz de la Serós, en vías de rápida ejecución, por el Distrito Forestal de Huesca, los medios de locomoción en avance progresivo y al alcance del disfrute popular, el afán de excursionismo y el amor a la montaña, van aproximando las gentes a este rincón venerado y aislado. Aun más: hasta las organizaciones del Movimiento, queriendo buscar los álitos de la tradición en sus mismas cunas, van congregando a sus afiliados inflamados de espíritu moderno a las sombras de estas ruinas gloriosas que nos hablan de nuestro pasado, de nuestra fe y de nuestra grandeza para que, pal-

pitando su espíritu al compás de lo que el venerable monasterio les dice en el lenguaje del alma, templar con ello su fe y fortalecer sus ilusiones y sus constancias en la esperanza de una patria mejor, como lo hacían los paladines de nuestra reconquista medieval antes de lanzarse a las aventuras de la lucha.

Sí; la soledad de San Juan de la Peña felizmente va hacia su ocaso; estas crestas pirenaicas del sistema montañoso abigarrado y confuso del Alto Aragón que antaño sólo eran cruzadas por las águilas se ven hoy traspuestas por el trepidar de los motores que llegan donde siglos atrás no llegaban más que penosamente las hacaneas y recuas de los abades del monasterio o el trabajoso cortejo fúnebre de los guerreros, aceros y gualdrapas enlutadas, de algún rey o algún noble, que iban a buscar el último rincón de descanso sobre la tierra, entre los sepulcros que eran panteón de los reyes Abarca.

Hoy vemos los autobuses y coches ligeros repletos de aturdidos y alegres excursionistas... y allí donde rendían sudorosos y cansinos su peregrinación los caballeros de San Juan para recibir su investidura ante el altar de los anacoretas, donde hacía un alto el peregrino que tras el paso del Pirineo por el «Sumo Porto», llevado de su fe encaminaba sus pasos lentos a Compostela, no es extraño ver a los motoristas para encontrar el descanso reparador bajo la espesa bóveda del follaje de los abetos y de los acebos y castaños.

Es más, si en los albores de la historia de Aragón y Sobrarbe, según la leyenda, Iñigo Arista no tuvo para orientarse en su furiosa lucha contra los sarracenos por las fragosidades de las montañas más que la milagrosa cruz flanqueada de rosas, cualquier visitante de hoy puede, con sólo asomarse al «Mirador del Pirineo», saber enseguida dónde se encuentra cada pica-cho, el puerto de paso, hacia Europa, el valle torrencial, desde los montes «Malditos» a «Roncesvalles» con el Vignemale, el pico «Midi d'Ossau» y la «Collarada», asomando entre los montes que contornan la tierra jaquesa.

No son, sin embargo, esos excursionistas que buscan un día campestre, los que deseamos para la pétrea reliquia de San Juan de la Peña. En último término, tras la algarabía de unas horas retornarán el silencio y la calma al monte Pano y a su peña inmortal. Y es entonces cuando debemos desear que vayan, en unas horas de emoción y de un hablar emotivo también, que la gloriosa cueva recibiese el llamado y devoto homenaje, casi incesante, pero en fervor respetuoso lleno de misticismo y de amor a España, de millones de peregrinos, que, sobre todo, de esta tierra de Aragón, llegasen dejando las risueñas vegas del Ebro, del Gállego, del Jalón y del Jiloca, desde la tierra baja, hasta las cumbres de nuestros valles. Con que al llegar allí les latiese en el pecho el corazón tan animoso como el de aquellos hombres, que en estos mismos riscos y en aquella hora del despuntar de España se

aprestaban con decisión a rescatarla, haciéndolo, sin presumir, sino simplemente haciéndolo, y que sientan como ellos la fe que salva y acudan como ellos a bañar el atormentado espíritu en las frondas centenarias como purificación y cura radical del indiferentismo actual. ¡Cuán necesarios son esta clase de peregrinos!

Cada día necesitamos más para fortalecer nuestro patriotismo y nuestro espíritu, del ambiente sutil, aromatizado de resinas y de retamas, impregnado de anhelos, de abnegación y de penitencia, purificado tanto por el cierzo frío del Pirineo, como por la oración de tantas generaciones de anacoretas y de monjes. Esta visita a San Juan de la Peña será para todos una lección y una esperanza.

A San Juan de la Peña debe irse; debemos ir, para saborearlo, para alegrar nuestro ánimo, para fortalecer nuestro espíritu, para reanimar nuestro corazón y avivar nuestra fe. Hay que trepar, pero hay que abismarse en las profundidades de sus riscos; hay que ir, pero no tan sólo monte arriba o monte abajo, sino que no debemos olvidarnos de los senderos de la historia y del espíritu y de las infinitas honduras de la Eternidad.

XV

EL MONASTERIO NUEVO

El monasterio antiguo ha sufrido en el correr de los siglos varios incendios, el más de-

vastador fué el que acaeció el 24 de febrero de 1625, del que aunque se salvó todo el rico archivo, la iglesia y la sacristía, en la que está el panteón real, el claustro y buena porción de otras dependencias, teniendo en cuenta, sobre todo, lo desapacible del lugar y el que por lo húmedo y sombrío del cenobio viejo muchos monjes padecían de reuma, se resolvió dar principio a un nuevo monasterio en la planicie alta, es decir, en el lugar en el que se cree estuvo la fortaleza de Pano. La fábrica de éste se empezó el mismo año 1625 y se terminó al dar cima a la obra de la iglesia alta el año 1714. A la construcción fueron aplicadas las rentas de la abadía que estuvo vacante 42 años. En realidad no fué ejecutado todo el plan. El estilo es el de la época, el barroco, y se empleó como material de construcción el ladrillo. Aunque en estado de completa ruina, subsiste la iglesia, que ha sido salvada de la ruina total gracias a la constitución del Patronato del Monasterio Nuevo de San Juan de la Peña que preside el Rector Magnífico de la Universidad de Zaragoza y del que forman parte entre otras ilustres personalidades los Excmos. Sres.: Gobernador Civil de la Provincia de Huesca y Obispo de la Diócesis de Jaca, los Presidentes de las tres Diputaciones de Huesca, Zaragoza y Teruel, y los Ilmos. Sres. Alcaldes de Huesca y Jaca, el último de los cuales desempeña la Secretaría del Patronato, amén de otras personalidades, entre las que destaca por su decidido apoyo el Excmo. Sr. Director Ge-



Vista parcial del monasterio nuevo.

neral de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja. Las Diputaciones Provinciales, en sesión celebrada por el Patronato acordaron contribuir cada una con 200.000 pesetas para la restauración del Monasterio Alto y con otras cantidades otros organismos y corporaciones, pero sólo cumplieron sus compromisos la Diputación de Huesca, a la que desde aquí rindo homenaje de agradecimiento; el Patrimonio Forestal del Estado y la Caja de Ahorros, gracias a cuyas aportaciones ha sido posible la restauración de la iglesia del Monasterio Alto y la construcción de una Hospedería capaz para 20 alojados con espacioso comedor y café, que estará dotada de agua corriente y otras comodidades exigidas por la vida moderna, que ha sido edificada aprovechando la antigua vivienda del guarda del Monasterio Viejo.

La mansión era tan enorme, que con ladrillo de ella se ha levantado una casa forestal y dos para los guardas del monte, una de las cuales es vivienda del guarda del Monasterio.

La sillería del coro fué obra de Pedro Onofre, que la terminó el año 1703, y se destruyó el año 1809, en el incendio provocado por los franceses. En el monasterio vivían el abad mitrado, diez monjes dignidades y diez claustrales, más la capilla de músicos.

En este monasterio, aguantando las vicisitudes de los tiempos y varias guerras de las que causaron mayores preocupaciones la llamada de Sucesión, ya que el monasterio, siguiendo el

ejemplo de la ciudad de Jaca, se proclamó por la causa de Felipe V, cuando Zaragoza y el resto de Aragón lo hacían por el Archiduque Carlos de Austria, por lo que los monjes, noticiosos de que subían compañías de miqueletes en son de guerra para saquear el monasterio, hicieron llevar sus tesoros a la ciudadela de Jaca el 15 de julio de 1706, y la de la Independencia contra las huestes de Napoleón, durante la cual el monasterio fué saqueado e incendiado por las tropas de Suchet. Vivieron los monjes benitos de la abadía pinatense hasta el año 1845, en que con motivo de la exclaustración, con lágrimas en los ojos, dejaron tan deliciosos parajes, llenos de santidad y de gloriosos vestigios. Allí quedaban en la más angustiosa soledad tantos monarcas que yacían confiados en una perpetua custodia de los monjes pinatenses; allí quedaban abandonados los restos de nobles próceres que habían quedado tenazmente, como si la única recompensa de su fe y su denuedo fuera la tosca sepultura del cenobio.

Así finó el Real Monasterio de San Juan de la Peña, no silenciosa ni humildemente, como su principio, sino con ruidos y estruendo revolucionario.

BIBLIOGRAFIA

- BRIZ MARTINEZ, *Historia de la fundación y antigüedades de San Juan de la Peña*. Zaragoza, 1620.
- HUESCA P. R. *Teatro Histórico de las iglesias del Reino de Aragón*.
- FACI, Aragón, *Reino de Cristo y Dote de María*. Zaragoza, 1739.
- ZURITA J., *Anales de la Corona de Aragón*.
- ARCO Y GARAY, RICARDO DEL, *El Real Monasterio de San Juan de la Peña*. Zaragoza, 1919.
- BALAGUER V., *Instituciones y Reyes de Aragón*. Madrid, 1896.
- LEANTE, *Imágenes de María en la Diócesis de Jaca*.
- LACARRA, J. M., *Orígenes del Condado de Aragón*. Zaragoza, 1945.
- LACARRA, J. M., y GUDIOLJ, *El primer románico en Navarra*. «Príncipe de Viana», núm. 16. Pamplona.
- PÉREZ DE URBEL, J., *Sancho el Mayor de Navarra*. 1950.
- GÓMEZ MORENO, M., *El arte románico español*. Madrid, 1934.
- CARDERERA, V., *Reseña histórico artística de los sepulcros nacionales*. «Boletín de la Real Academia Española de la Historia». Madrid, 1919.
- QUADRADO, J. M., Aragón.

LEGADO
A. DURAN

- KINGSLEY PORTER, *La escultura románica española*.
- MALLADA, L., *Descripción física y geológica de la provincia de Huesca*. Madrid, 1878.
- LAMPÉREZ, *Historia de la arquitectura española cristiana en la Edad Media*. Barcelona 1904.
- SOLER Y ARQUES, *De Madrid a Panticosa*. Madrid, 1878.
- SERRANO FATIFAGI, *Claustros románicos españoles «La Ciudad de Dios»*, núm. 359 y siguientes. 1898.
- ARCO DEL R., *Guía Artística y Monumental de Huesca*. Huesca, 1910.
- ARCO, RICARDO DEL, *España Cristiana. Aragón*. Tomo sexto de la «Historia de España», dirigida por R. Menéndez Pidal. Espasa Calpe. Madrid, 1956.
- PÉREZ DE URBEL, *Navarra*. «Historia de España», dirigida por R. Menéndez Pidal. Espasa Calpe. Madrid, 1956.
- SALARRULLANA DE DIOS, J., *Documentos correspondientes al reinado de Sancho Ramírez*. Zaragoza, 1907.
- CID PRIEGO, C., *Precedentes del románico en la provincia de Huesca*. «Argensola», II, 1951.
- DOLÇ Y DOLÇ, M., *Sobre un distico pinatense*. «Argensola», II, 1951.
- LLABRES, G., *El anillo de Pedro I*. «Revista de Huesca», 1914.
- CAJAL, V., *Parsifal y el turismo en el Alto Aragón*. «Diario de Huesca», 8 de marzo de 1914.
- PIJOAN, J., *Summa Artis*, tomo IX. Madrid, 1954.
- OLIVÁN BAILE, F., *San Juan de la Peña*. Zaragoza, 1945.



09469